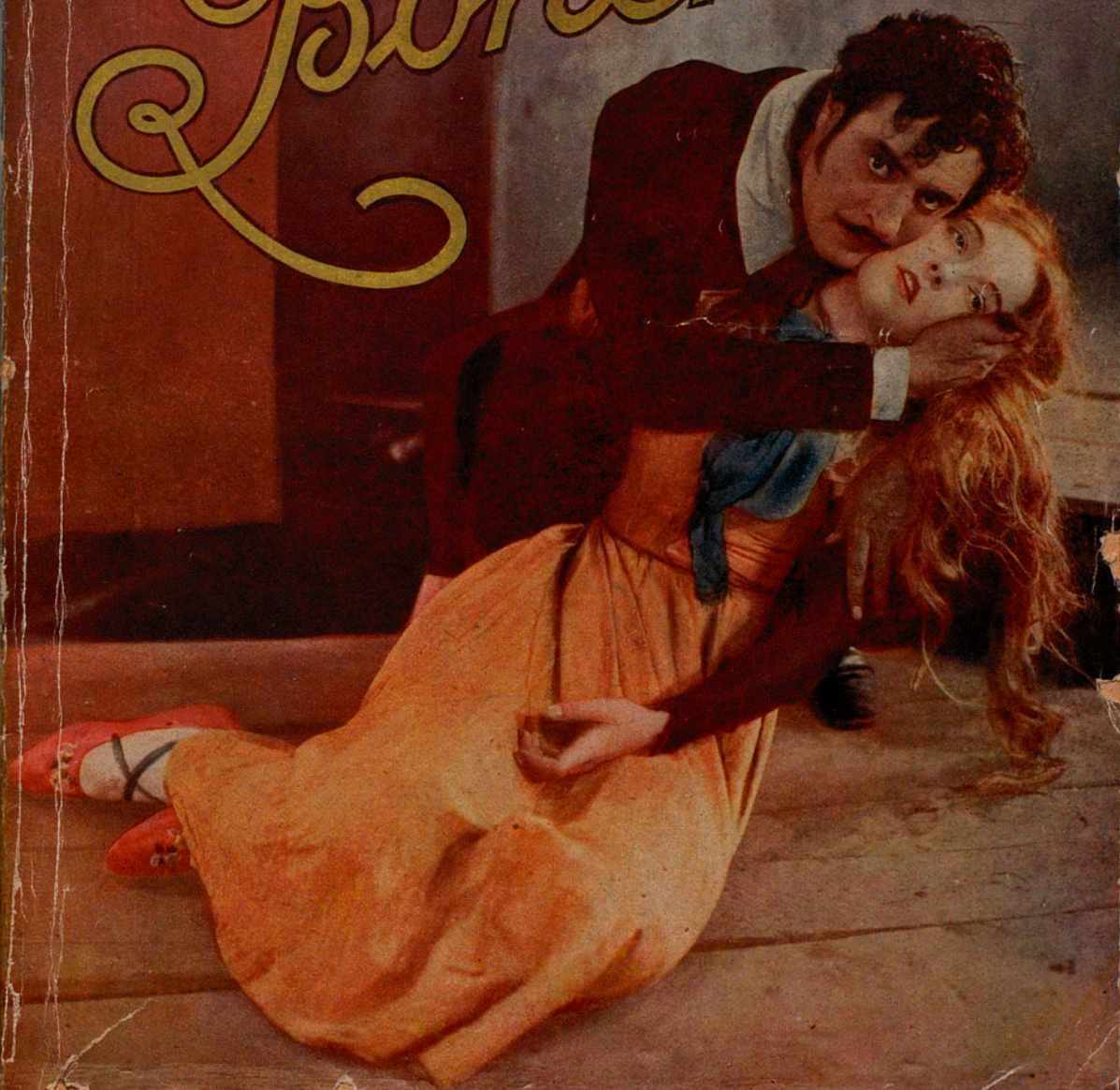
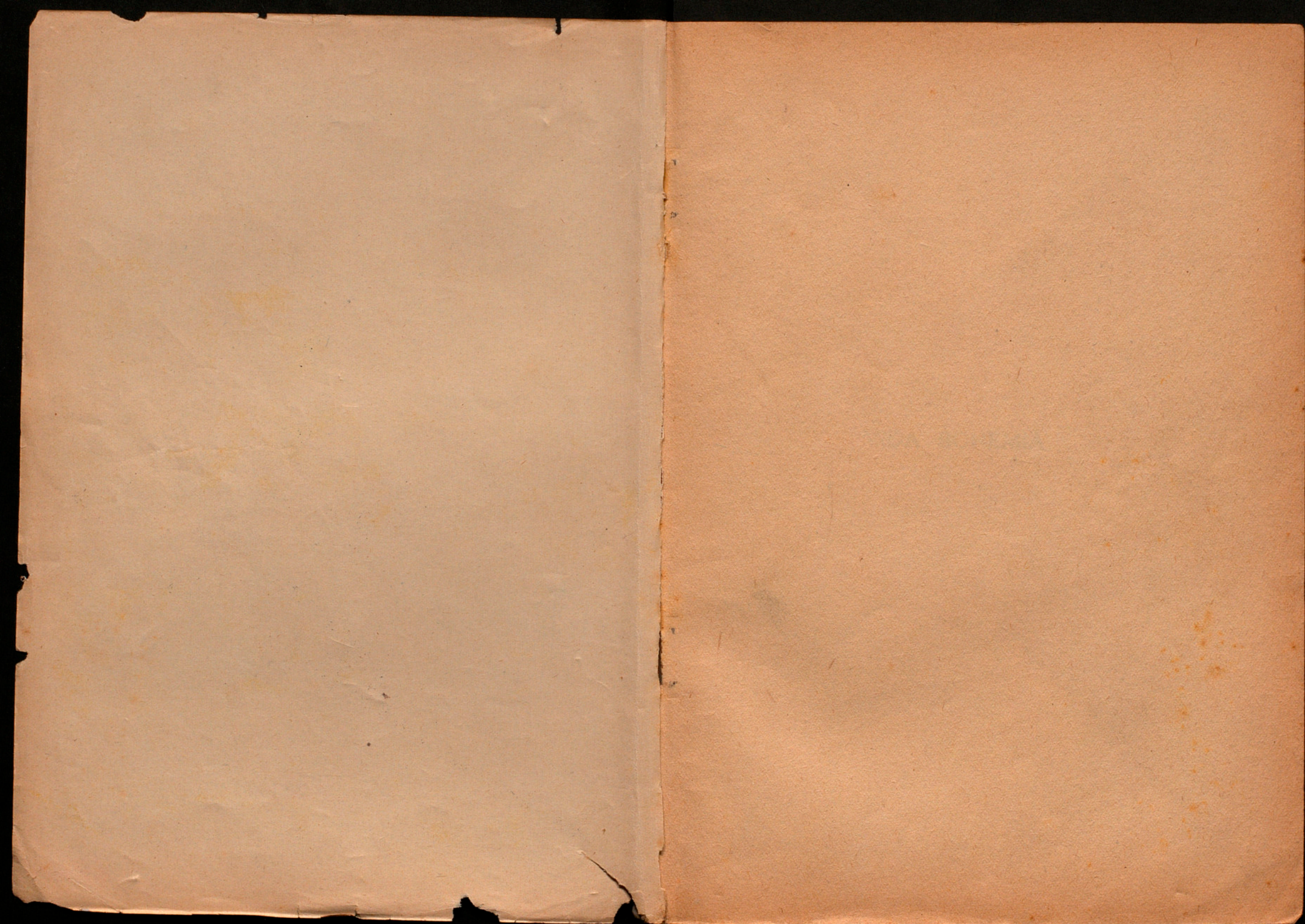


Vida Bohemia





VIDA BOHEMIA

A ti, mujer alada, mujer visión.

A ti, Lillian Gish.

Con un beso de mi alma.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción y Administración: Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono A-4423

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA
GUBERNATIVA

VIDA BOHEMIA

Primorosa producción cinematográfica, basada en la obra de
HENRI MURGER,

"SCÈNES DE LA VIE DE BOHÈME"

DIRIGIDA POR KING VIDOR

METRO-GOLDWYN PICTURES

EXCLUSIVA DE

METRO-GOLDWYN CORPORATION

MALLORCA, 220 - BARCELONA



ARGUMENTO NARRADO POR FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

REPARTO :

Mimi	LILLIAN GISH
Musette.	RENÉE ADORÉE
Eufemia	Valentina Zimina
Rodolfo	JOHN GILBERT
Marcelo	Gino Corrado
Colline	Edward Evertt Horton
Schaunard	George Hassell
Vizconde Pablo	ROY D'ARCY
El portero	Karl Dane

etc.

VIDA BOHEMIA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

¡Bohemios!

Gente buena.

Que no puede ser malo el que vive de arte y por el arte.

Porque la maldad es fea y el arte es bello.

Juventud eterna. Primavera esplendorosa. Espíritu inmortal.

Amor a lo hermoso y embellecimiento de lo amado.

Ser o no ser.

Y los bohemios son.

Infinitamente más que los que no siendo exigen ser.

Son algo.

Y ser algo es, en nuestra vida, ser mucho.

RODOLFO

París. Nieve. Frío. Crudo invierno. Las calles y los edificios se cubren con el albo manto que desciende de las alturas como plumas sueltas...

Los transeuntes llevan un paso ligero, para llegar pronto adonde el calor de una chimenea roja les hará reaccionar.

Cruza un hombre la estrecha calle, arrebuja en grueso abrigo, y se detiene ante una puerta. Se sacude la nieve que en discretos copos ha ido acumulándose en sus hombros, tira de una campanilla, y al poco acude a franquearle la entrada el portero.

Detrás de la mirilla que hay en la puerta aparece la simpática figura del conserje, que tiene la buena costumbre de observar, antes de abrir, al autor de la llamada.

—¡Ah! — exclama; y abre al punto.

—¡Hola! ¿Nada de particular? ¿Ha cobrado de todos? — pregunta el recién llegado.

—Tengo aún varios recibos por cobrar, entre los cuales, por supuesto, hay los del último piso.

—¡Esto no puede seguir así! No estoy dispuesto a conceder ni un día más de plazo.

El que de tal suerte hablaba no era, seguramente, el guardia del barrio, ni el barrendero tampoco.

Tenía que ser otra cosa; un vago, por ejemplo, y, además, un desalmado.

Y eso era: el casero, pero un casero de los que debemos desear todos que no haya muchos.

La escena tiene por lugar de ac-

ción el Barrio Latino, centro de la despreocupada bohemia que sueña, pasa las de Caín y aguarda, sin capitular ante la agresividad de la prosa de la vida, que llegue la gloria, esa diosa que tan alto está y que raras veces se digna levantarse de su sitio, hecho de lágrimas, para ir a besar en la frente a un nuevo elegido.

Es principio de mes. Un principio cabal: día 1. Al propietario no se le escapa nunca la fatídica fecha que tan risueña es para él, avaro de su dinero, acaso mal adquirido...

Para algunos inquilinos tampoco pasa inadvertida la nueva hoja del calendario que apunta recto, con revólver de seis balas, su bolsillo ¡ay! exhausto perdurablemente de fondos de exceso.

Con el casero ha llegado, pues, la hora de disculparse y tratar de prorrogar el pago del alquiler, aunque sin muchas esperanzas de obtener unos compases de espera...

Pero para ciertos seres lo mismo da que sea primero de mes que día 15. Viven sin fijarse en la situación del tiempo y contra el tiempo.

En este último caso se encuentran Marcelo y Rodolfo y dos amigos más.

Marcelo es pintor. Rodolfo es poeta. Ambos son jóvenes física y moralmente. Son asimismo ricos, pero no de dinero; y no se quejan, pen-

sando en la futura riqueza que correrá parejas con la gloria, es decir, construyendo castillos en el aire.

Marcelo plasma en la tela que descansa en no muy sólido caballete, a la gentil modelo que pocos pasos más allá hace frente a las perentorias necesidades del vivir condescendiendo a laborar con los artistas como original de sus obras.

Rodolfo, en el fondo de la habitación, amplia, desmantelada y fría, escribe, pero no siente lo que hace, y por ello se le puede ver desde hace un buen rato detenerse, apoyar su cabeza en una mano, cuyo codo se apoya a su vez sobre la mesa, y mirar al vacío, cual si buscara algo en él, inspiración o ánimo.

Reina el mayor silencio en la estancia, templo de ilusos, morada siempre abierta a las musas, pero a la que éstas se resisten a ir.

No se oye más que, de cuando en cuando, el rumor de la pluma de ave que rasguña el papel del poeta, algún que otro movimiento de impaciencia de la modelo, y los característicos chasquidos de los labios de Marcelo para echar tupidas bocanadas de humo de su pipa.

Afuera, la nieve no cesa en su lagrimeo blanco, y los cristales de las ventanas del modesto templo de arte se purifican exteriormente bajo el rocío...

Rodolfo tenía la firme convicción de llegar a ser un dramaturgo insigne, y en aquellos momentos, removiéndose en su silla, hacía evidente, de modo alarmante, su nerviosismo.

No estaba en vena, pero no le era posible renunciar a escribir... porque lo que estaba haciendo era un encargo, un trabajo ineludible, impuesto por la obligación de verter algo caliente en su estómago, que no era mudo precisamente.

De pronto se oyeron unos golpes en la puerta, pero ni Rodolfo ni Marcelo se molestaron en ir a abrir, como si en realidad no hubiese llegado hasta ellos la petición de entrada.

Breves segundos después reincidieron los golpes, pero más fuertes... y con el mismo resultado de antes. ¿Se habían vuelto sordos repentinamente los dos amigos?

Al parecer, sí; mas en realidad lo que ocurría era que sospechaban de quién era la llamada por partida doble y en forma tan enérgica, de mano inflexible, de déspota.

A los golpes sucedieron prolongados campanillazos, pero a pesar de lo amenazadores que éstos eran, Marcelo y Rodolfo prosiguieron su tarea tranquilamente, más estoicos que el mejor artillero.

Cansados de llamar, el casero y el

portero — pues ellos eran — se consultaron con la mirada y coincidieron en la solución que requería el caso: abrir la segunda puerta de la habitación de los artistas, que estaba siempre cerrada y de la cual sólo el conserje tenía la llave.

El portero dió vuelta a la llave en la cerradura, que rechinó escandalosamente, y apenas abierta la habitación penetró en ella el casero con cara de pocos amigos.

Rodolfo y Marcelo se sorprendieron y aparentaron sorprenderse al ver al desagradable visitante, y, puestos a disimular, su rostro no reveló lo que interiormente pensaban del tirano.

La hostilidad del casero desapareció en cuanto vió éste a la modelo que trabajaba con Marcelo. Hombre mediocre con ribetes de conquistador, acercóse a la joven, quitóse el sombrero, y, después de haber contemplado el cuadro del pintor, dijo a la muchacha:

—¡Ah, qué líneas, qué color, qué conjunto! ¡Es usted una joya!

La modelo le miró con desdén y replicó:

—Déjese de tonterías, viejo verde.

El desparpajo de la linda moza enojó, porque era justo y la verdad suele ser ingrata, al casero, que cambió de actitud, gruñendo en lugar de

mostrarse cariñoso, en vista de su fracaso como émulo de Don Juan.

Rodolfo, aunque tuviera la convicción de que se hallaba ante el casero, por el hecho de ir el visitante acompañado con extrema humildad por el conserje, fingió no saberlo, puesto que era la primera vez que le veía.

Recogiendo la muda pregunta que le hacía el poeta, el propietario se presentó a sí mismo.

—Soy el casero, y si se ha fijado usted en el calendario, verá que hoy es el primer día del mes.

—¿Día uno, ha dicho usted? Pero ¿no lo fué la semana pasada?—contestó Rodolfo.

—Para usted, tal vez sí. Para mí, no. Yo soy metódico, como el tiempo. De modo que...

—No estamos conformes. Mi calendario no ampara su pretensión.

—Eso tiene fácil arreglo. Mire usted. Ya está. Arrancadas las hojas de fechas que pasaron a la historia, resulta que estamos, positivamente, a primero de mes.

Rodolfo leyó en la hoja del calendario desde la cual quedó intacto el taco:

1830

1

Marzo

Y dijo mirando a Marcelo:

—En efecto, estamos a día uno, pero para nosotros, como si tal cosa...

—Hagan el favor de pagarme, que a cobrar he venido.

—Es el caso, muy señor nuestro...

—¡Mi dinero, señor mío! ¿Dónde está mi dinero?

Marcelo hizo uso de la palabra. Le molestaba extraordinariamente la visita personal del casero, y dió rienda suelta a su geniecito.

—¡Vaya usted a saber dónde estará su dinero! No tenemos ni un franco para pagar a la modelo. Calcule usted, pues, si podemos pensar en pagar cualquiera otra cosa.

El casero enrojeció de ira, y clamó:

—¡O me pagan esta noche, o les echo a la calle!

Rodolfo perdió a su vez el freno y empujó al propietario hacia la salida, consiguiendo que desapareciera con el conserje hacia el pasillo, y cerróles la puerta sin contemplaciones, importándole un mito las amenazas que le iba lanzando el avaro.

Al quedar solos los dos amigos, sus sendos pechos se aliviaron de un peso enorme; y se disponían a reanudar el interrumpido trabajo, cuando vieron, con estupefacción, que la modelo se acababa de arreglar para marcharse.

—¿Qué hace usted, Margarita? —

inquirió Marcelo, cuyo instinto no le ocultaba que se quedaría sin modelo.

—Me parece que está bien claro: me voy... para no volver.

—¡Oh! Pero...

—Es inútil, completamente inútil. Yo soy una joven honrada y no sirvo de modelo por amor ni nada que se le parezca... ¡Tendría gracia!

Los dos artistas se quedaron momentáneamente sin habla. Abrióse la puerta, empujada por la modelo, y volvió a cerrarse, para dejar completamente solos a aquéllos en la habitación.

Paciencia. No podían ir contra el Destino.

Rodolfo sentóse ante su mesa de

trabajo, al tiempo que Marcelo limpiaba sus pinceles, y dijo, preocupado, pugnando por vencer los escrúpulos de conciencia que le impedían la ejecución del encargo en que estaba trabajando:

—Nuestra situación tiene la lógica brutal de un silogismo: se necesita dinero para pagar el alquiler, y para conseguir dinero tengo que escribir ese estúpido artículo para la Revista Canina y Felina... Esto es un absurdo desconsolador, pero la realidad es más desconsoladora.

Marcelo asintió, y para ahogar la amargura del presente tarareó *sotto-voce* el estribillo de un *couplet* popular.



MIMÍ

Como en la fábula, no hay pena en el mundo que no sea superada.

Nadie puede tener la pretensión de ser el más feliz o desdichado de todos los mortales. Siempre hay un mejor y un peor.

Pobres, materialmente, podían ser Rodolfo y Marcelo y sus amigos; pero más pobre era aún la convecina que ocupaba la habitación situada casi enfrente de la de ellos.

Vivía más pobre que un ratoncillo y sin otra compañía que un canario.

Su nombre: Mimí, suave, delicado, armonioso como su dueña.

El desván en que se deslizaban con desesperante monotonía las horas de su existencia, era amplio y se dividía en dos partes. Una de ellas, jaloneada por un entarimado, constituía su

miserio retiro; y la otra, de nivel inferior y piso peligroso, por la desnudez de los tablones que estriaban el suelo, la utilizaba el conserje, por mandato del propietario del inmueble, como almacén de trastos viejos.

Mimí, la bordadora, tenía manos de hada y trabajaba de la mañana a la noche sin desalentarse para ganar un menguado jornal.

Hacía mucho frío en la vasta habitación. La huérfana de afectos se esforzaba en vencer su aterimiento, abrigándose cuanto podía, y al insensibilizarse sus dedos, finos como tallos de flor, los acercaba a su boquita, abría ésta y bañaba en su cálido hálito las puntas de aquéllos, reanudando el trabajo un tanto fortalecida por la bienhechora inyección.

De vez en vez, cuando se pasmaba de frío y el calor de su boca era insuficiente para la necesaria reacción, Mimí hundía sus manecitas en la blandura acariciadora de un maniguito que era, después de su canario, lo que ella más quería, porque, como el pájaro sus trinos y la canción romántica y muda, en las horas tristes, de su compañía, el rollo de piel le daba su alma tibia...

El canario no tenía la menor queja de su amita. Como una madre a su retoño, Mimí cuidaba al pájaro cantor, cubriéndole la jaula cuando el frío era agudo y atenta en todo momento a que nada pudiese usurparle los gorjeos que el ave de oro desparrramada por la buhardilla como invisible rosario de sonrisas.

Entregada con ahinco a su labor estaba Mimí cuando penetraron en su cuarto el casero y el conserje, que continuaban su visita a todos los inquilinos de dudosa solvencia, con vistas al cobro.

La bordadora palideció.

El casero se había descubierto ante ella, examinándola de arriba a abajo maravillado de su finura, semejante a la de una figulina de adorno en las consolas de los ricos; pero como el frío no era allí tampoco ni galante ni compasivo, a pesar de haber una mujer, apresuróse a cubrirse la ca-

beza, rivalizando, pues, con el termómetro, en incorrección.

El viejo y envidioso admirador del que, según la leyenda, fué, durante muchos años, un invencible conquistador de corazones femeninos, vanagloriándose de sus éxitos en público, creyó tener la sartén por el mango, como vulgarmente se dice; es decir, que Mimí, maltratada por el Destino, era fatalmente propicia a ser presa de un hombre galante como él.

Pensando así, acercóse a ella doblándose en saludos, y tomándole las manos, dijo, acariciándolas torpemente:

—¡Qué lindas! Es un crimen echarlas a perder cuando su dueña posee una cara tan bonita.

Mimí retiró sus manos de las del casero, y suplicante, nublados sus bellos ojos, profirió:

—Concédame algunos días más, señor, para el pago de mi deuda. Le prometo abonarle hasta el último céntimo.

Las palabras de Mimí demostraban a las claras que había echado de ver que el tipo que acompañaba al conserje era el casero en persona, y que éste, con sus galanterías, buscaba la *ventaja*, o sea, sacar partido de la situación.

No era aquella la primera vez que la maldad humana se quitaba el antifaz ante ella, pero, como siempre,

sabría mantenerse incólume como correspondía a su temple moral.

El propietario porfió en su empeño de cobrar en una forma u otra, y Mimí tuvo que acogerse a una actitud severa para que el viejo renunciase a su libidinosa pretensión.

El fracaso que nuevamente sufría encolerizó más aún al casero.

Estaba visto que las mujeres no querían de él, como si no pudiera haber compatibilidad entre un propietario y un conquistador.

El conserje se reía por lo bajo, aplaudiendo para su capote la conducta de Mimí, y recordando el chasco que poco antes diera a aquél la modelo de Marcelo, llamándole "viejo verde" sin rodeos.

Sin embargo, dentro de su alegría el portero experimentaba cierto pesar, al decirle su instinto cuán cruel sería la represalia que el casero tomaría con Mimí.

No se erró el buen hombre, por cuanto, furioso y en la habitación de la pobre pero digna bordadora, le dijo el propietario, con mucha bilis:

—Si no paga antes de esta misma noche, desahúciela.

Mimí no repitió su súplica, pues harto comprendía que el casero tenía el corazón duro, y le despidió sin rencor. Era demasiado buena para odiar a nadie.

En la escalera, el conserje y el dueño se dieron de empujones, inconscientemente aquél, y para descargar su furor en alguien éste.

—Malo... malo... Ya me estoy viendo echando a la calle a los artistas y a esta infeliz muchacha—murmuró el portero, cediendo definitivamente el paso en primer lugar al propietario, para que éste cesara de obsequiarle con sus empellones.



Rodolfo seguía en la palestra espiritual luchando su pluma con sus ideas. Es duro escribir lo que no se siente, y por más voluntad que ponía el poeta en su trabajo, no se le ocurría nada que le pareciese mediano tan sólo.

De súbito irumpieron en la habitación los dos amigos de los artistas que en ella se hallaban.

Eran aquéllos el músico Schaunard y el filósofo Colline, excelentes muchachos los dos, bien provisto de carnes el primero y su antítesis el segundo.

A juzgar por la forma en que sus hermanos de bohemia entraban en la estancia donde se invocaba con fervor a las musas, Rodolfo y Marcelo creyeron que traían dinero.

En efecto, Schaunard soplabá de lo lindo en su inseparable flauta, cual si sus bolsillos estuviesen en posesión de algunas monedas blancas.

Y Colline, que no era músico ni tenía ningún instrumento, no tocaba nada pero marcaba el compás con la mano izquierda y sostenía con la diestra su chambergo.

Al verles tan animados, Rodolfo y Marcelo se levantaron, y aquél con la pluma de ave esgrimida por su mano derecha y éste con sus pinceles en ambas manos, imitaron a Colline en el acompañamiento, con gestos, de la música de Schaunard, y formaron un cuarteto original.

La escena, cómica y seria a un tiempo mismo, duró unos instantes; tras de los cuales se interrumpió al

llamar Rodolfo a Schaunard al orden, diciéndole:

—¡No más! A tu flauta le sobra un orificio, porque se escapa una nota horrible.

El músico cesó de tocar, para no marearse buscando la fugitiva nota, y dedicó una de sus frases de halago, preludio de un sablazo, a Rodolfo.

—¡Qué expresión tan interesante tienes hoy en la mirada! Es la llama del genio que flota triunfadora en un crepúsculo de tristeza.

Rodolfo ahogó un suspiro y repuso:

—Schaunard, déjate de expresiones líricas y vamos al grano.

—Eso es, al grano.

—¿Cuánto quieres que te preste en dinero contante?

—¡Oh, mi caro amigo! No quiero que me prestes ni un luis; sólo te pido que contribuyas temporalmente al sustento de mi genio acosado por las necesidades materiales.

Hablando de tal suerte, Schaunard mostraba su orondo vientre.

Rodolfo, lamentándolo sobremedida, tuvo que darle un disgusto. ¡Qué otra cosa podía hacer, no teniendo ni un céntimo!

—Mi única ambición es esa — dijo —: prestar a los amigos, pero será preciso que aguardes a que algún empresario de talento acepte mi primera obra dramática.

Los cuatro amigos bostezaron unánimemente, y como respondiendo a un convenio general, buscaron la manera de hacerse de alguna cantidad, para comer.

Schaunard resolvió separarse de su flauta, y le dedicó esta tierna despedida:

*¡Ah, flautita adorable,
no me acuses de ingrato
si al Monte de Piedad
pasas por unos francos!*

Colline recitó también, en forma poética, alguna de sus ideas, y Marcelo, apoderándose de un cuadro terminado, con ánimo de ir a venderlo, dijo, a su vez, haciendo alarde de optimismo:

*El Arte es todo lo malo
y también todo lo bueno:
morir por él es vivir
en los siglos venideros.*

Salieron de la buhardilla Schaunard, Colline y Marcelo. Quedó en ella Rodolfo. Las exclamaciones, más en broma que en serio, de sus compañeros, debieron de inspirarle, pues sentándose presto ante su mesa se puso a escribir a toda velocidad, como si aprovecharse un momento bueno.

... ..

Mimí, meditando sobre las palabras del casero, llegó a la desastrosa conclusión de recurrir al Monte de

Piedad para reunir, a cambio de ropas, el dinero necesario para el pago del alquiler.

La deliciosa huérfana y Rodolfo coincidieron en salir de sus respectivas habitaciones simultáneamente.

Rodolfo no se había fijado nunca en ella, y al verla no pudo menos de decirse a sí mismo que la vecinita era gentil, muy gentil... y sonrió.

Mimí puso pie en la calle un poco antes que Rodolfo, y ambos encaminaron sus pasos hacia direcciones opuestas: el Monte de Piedad, la de ella; una editorial, la de él.

Al poco llegaba Mimí al Monte. Había mucha gente. Los necesitados, desde que el mundo es mundo, son legión. Allí se mostraba una ínfima parte de ellos.

Cuando le tocó el turno, Mimí entregó al empleado su hatillo, y al breve examen que de su contenido hizo aquél siguió la entrega de unas pocas monedas.

Mimí se apartó de la ventanilla para dejar paso a otro infeliz, y al contar el dinero que le había sido abonado, su rostro se contrajo en un gesto de amargura.

Como era insuficiente aquella cantidad, Mimí, no sin titubear, llena de dolor, decidióse a algo que su desesperación le acababa de sugerir.

Volvió a la ventanilla... y sacrificó,

con gran pesar, sus prendas de abrigo: una piel y un manguito.

El empleado examinó dichas prendas, que para Mimí eran algo como de sí misma, y dió a cambio de ellas el resto que a la cuitada le faltaba.

Mimí recogió las monedas, guardóselas temblorosamente, y salió a la calle, dirigiendo, antes de desaparecer del establecimiento, una última mirada, acompañada de lágrimas silenciosas y besos mudos, a los queridos objetos que en él quedaban.

Ya en la calle, el frío la sorprendió bruscamente. Aceleró el paso, cubriéndose los hombros y el pecho con una capita, insignificante como un chal, y ocultándose las heladas manos debajo de los brazos, cruzándolas sobre su corazón.

Mientras Mimí emprendía el regreso a su inhóspito retiro, Rodolfo entregaba al director de la editorial en que colaboraba, el trabajo que le fuera encargado.

Pero cuando mayor era la ilusión de cobrar unos francos, el editor, ceñudo y brutal, se lo devolvió, diciéndole:

—Le pido a usted un artículo de tres cuartos de columna acerca de un gato y me escribe media columna sobre un ratón.

Mirándole fijamente, Rodolfo repuso al director, aludiéndole con habilidad:

V I D A B O H E M I A

—Yo me inspiro en lo primero que veo. ¿Cree usted que la inspiración se vende por metros como el percal?

—No dispongo de tiempo para discutir... De modo que... escribame algo sentimental acerca de un gato o váyase con la inspiración a otra parte.

No le cupo otro remedio a Rodolfo que pensar en un felino y convertirlo en héroe en una aventura que milagrosamente se le ocurrió allí mismo, acicateado, sin duda, su espíritu por el afán de cobrar algunas monedas con que poder comer... y ayudar a hacerlo a sus compañeros.

Terminada su historieta, el poeta se la entregó al editor, esperando el fallo de éste, con la ansiedad fácil de suponer.

El trabajo fué aceptado.

—Bueno... No es gran cosa... pero, puede dejarlo... Tenga — dijo el director.

Le dió una cantidad insignificante, y, a juzgar por la expresión de su semblante, consideraba que el pago que hacía era excesivo.

Rodolfo se indignó al contar el dinero. ¡Aquello era un timo, una estafa que clamaba al cielo!

Pero ¿qué hacían las musas que no mandaban darle un buen palo a aquel editor?

—¿Qué le pasa a usted, que me mira de ese modo? ¿No está usted

contento de no haber perdido el tiempo? — inquirió el judío.

Rodolfo desbordó la corriente de su enojo.

—¿Cómo voy a sonreírme, si acaba usted de clavarme un puñal en el corazón? ¿Le parece a usted que es para ponerse a bailar el que a uno le paguen por el zumo de su cerebro exactamente lo mismo que se paga por el de un limón? ¡Es una injusticia!

El editor calóse las gafas debajo de los ojos, pequeños y maliciosos: ojos de mercader, de ave de rapia, y mirando por encima de ellas al poeta, contestó airado a sus protestas, mandándolo a paseo.

—Sí; ya sé que es inútil reclamar, porque es usted de piedra; pero insisto en gritar que lo que se hace con nosotros los artistas es un abuso intolerable. Los editores y los bohemios en la mescolanza que ustedes hacen de arte y negocio, y en la que éste — el negocio — tiene su primer voto, son como ciertos cocheros y como los peatones, en la vida.

—Déjeme usted en paz. ¡Vaya a contarle sus historias al Gobierno!

—No me voy. Tiene usted que oírme. Usted merece la cárcel, como un vil auriga de esos que desgraciadamente no faltan y que van de atropello en atropello y sembrando el pá-

nico al paso de su mal guiado tronco.

—¡Está usted loco! Usted ha bebido, amigo mío.

Rodolfo alzó sus hombros despreciativamente, y marchóse. Había sido un necio sosteniendo aquella polémica con el editor, porque debió de recordar en seguida que es de locos herirse al pretender ablandar una roca.

El director respiró a sus anchas al ver desaparecer al poeta, y frotándose avaramente las manos, como si

estuviera orgulloso de sí mismo, de su tacañería, reintegróse a su trabajo, muy tranquilo y calentito...

...mientras Rodolfo, en la calle hundido hasta las orejas su chambergo y enterradas sus manos en los bolsillos del ancho pantalón, pisaba furioso el albo camino, la fría calzada cubierta de lácteo musgo...

...para desahogar su exacerbación y también para no dejarse vencer por el punzante elemento.



EL VIZCONDE

Hay en la vida unos seres que viven de los demás y a los que se ha dado en llamar parásitos por tener semejanza con éstos, que viven sobre las personas, según sean en cuanto a higiene.

Pero hay otros seres que aunque viven de sus propios recursos se aferran también al prójimo aprovechándose de su miseria, no ya física sino moral, es decir, de su desaliento, de su desesperación. Son otra clase de parásitos, pero tan viles como los más repugnantes.

Y si decimos que a la conducta de esos desaprensivos sujetos se añade en muchos casos la agravante de ser parásitos hereditarios, el grado de repulsión que son merecedores de inspirar alcanza la máxima expresión.

Entendemos por parásitos heredi-

tarios a los hijos o parientes de familias de buena posición, que apenas al mundo se encuentran con una sa-neada fortuna ofreciéndose a sus pies para la realización de todos sus caprichos, y que viven de las ganancias que ellos no tuvieron que hacer.

Uno de esos parásitos tan peligrosos era el vizconde Pablo, un conquistador empedernido, con tanto oro en su bolsa como escasez de conciencia.

El coche del noble cruzaba las calles del Barrio Latino.

El hermoso tronco hundía sus cascos en la alfombra de nieve que se extendía como en interminable campo recién arado.

La nieve crugía al allanarla las herraduras y quedaba en ella la repetida huella de las pisadas.

El paso de las caballerías era ligero

y majestuoso, pues apenas había nadie en las calles, a causa del frío; y el cochero, erguido en el pescante, no tenía necesidad de mirar atentamente hacia adelante, por estar la vía libre, y se limitaba a sujetar las bridas de modo que los caballos no se lanzaran al trote.

Dentro del coche iba el vizconde.

Nadie le acompañaba, pero no iba solo, y valga la paradoja, pues como acababa de visitar a una amiguita que no le regateaba sus favores, pensaba en ella, antojándosele que la tenía aún junto a él.

De pronto el vizconde llevóse a la altura de sus ojos sus impertinentes de concha.

¿Qué motivaba la súbita interrupción del soliloquio del noble?

Sin duda una mujer.

Y lo era, en efecto.

Linda y digna de mejor suerte.

¿Quién era?

¡Oh! Una pobrecita modistilla que avanzaba aterida por la calle en pos de su refugio, desnudo y tan frío como la misma calle.

Un pajarillo caído del nido y que a saltitos, encogido bajo el peso de la temperatura, volvía a su hogar.

Una conquista en puerta, para el vizconde.

Pero, para nosotros, no era más que Mimí, la adorable huérfana que acababa de despojarse de sus mejo-

res ropas y prendas de abrigo para poder pagar al cruel casero.

El vizconde iba a hacerle desde la ventanilla de su coche una seña, invitándola a subir, cuando, al intentar cruzar el arroyo, Mimí corrió el riesgo de ser atropellada por los briosos caballos.

Fué milagro que no ocurriera la desgracia que tan bruscamente se había perfilado, pues Mimí, dándose cuenta del peligro que la amenazaba, sin saber cómo dió un salto y lo evitó, yendo a parar, en su salvador impulso, junto a la puerta de su casa.

El lío que Mimí llevaba colgado de un brazo y que contenía los efectos que en el Monte de Piedad no le fueron admitidos por no tener ya ningún valor, se soltó del asidero de su dueña, y el vizconde, apeándose al detenerse el coche simultáneamente al grito de espanto que profirió Mimí al sentir el hálito de los caballos sobre sus hombros, lo recogió del suelo y fué a entregárselo a la asustada muchacha.

Muy correcto, el aristócrata tendió el hatillo a la bella humilde, y le dijo:

—Perdone usted a mis caballos, señorita. Por ser lo que son se les puede disculpar la incapacidad de rendir a la hermosura la admiración que le es debida.

Mimí, replegada en sí misma por efecto del susto, que no había desaparecido aún, parecía más bajita, más joven, una niña casi, un auténtico *bibelot* de muebles reales, por el rostro y el tipo solamente, ya que sus vestidos eran tristes y plebeyos.

El vizconde, haciéndole dar vueltas caprichosas alrededor de un dedo a su juego de cristales de adorno, torcióse en rendidos saludos, y señalando el coche a Mimí, añadió:

—¿Me permite usted, señorita, que la acompañe hasta su casa? Esto sería para mí un gran honor, y me proporcionaría la ocasión de presentarle, con calma, mis excusas por la torpeza de mis caballos.

Mimí bajó los ojos con timidez, rehuendo las miradas del noble, y contestó al tiempo que tiraba de la campanilla que colgaba del dintel de la puerta:

—Muchas gracias, señor, pero vivo aquí mismo.

El conserje no se hizo esperar, y Mimí desapareció ligeramente en la penumbra de la cancela, cerrándose detrás de sí la alta puerta.

El vizconde acaricióse la discreta perilla que ennegrecía su mentón, mostró en una sonrisa de esperanza sus dientes de una blancura que rivalizaba con la de la nieve y afilados como los de un lobo, alzó su vista hasta el número de la casa; y sacándose una tarjeta y un lápiz apuntó con éste en aquella la calle y la cifra que acababa de leer.

Luego guardóse cuidadosamente la cartulina que ostentaba su nombre y su título, y volvió a su coche, cuyo tronco perturbó de nuevo el silencio de la calle con el rumor isócrono y seguido de sus pisadas.



**

Mimí entró en su cuarto y reanudó su labor de hada.

Rodolfo regresó al suyo un poco después y golpeóse el pecho y las espaldas para quitarse el frío de encima.

Después del poeta llegó Marcelo, sin el cuadro que se llevara; y tras éste lo hizo Colline, con un libro más.

Marcelo estaba indignado, tanto o más que Rodolfo, y como justificación de su mal humor, que nada podía disipar, exclamó:

—¡Diez francos por el cuadro más inspirado de cuantos rechazaron los filisteos de la Exposición! ¡Qué infamia! ¡Ah, si no fuera por los garbanzos!

Colline, pacífico, manso, copiando del cordero, dijo, a su vez;

—Vendí el libro que decidí sacrificar para comer, pero compré un ejemplar curiosísimo que había estado buscando hace años. Comprendo que fué una locura, pero... pudo más el espíritu que la materia... aunque la materia proteste.

Rodolfo y Marcelo se resignaron a no contar con fondos del filósofo y pusieron todas sus esperanzas en Schaunard, para reunir, con lo que éste trajera, los fondos necesarios para pagar al casero y comer un poco.

El músico no se hizo esperar. Llegó acompañado de un mono.

Al ver al cuadrumano, los tres amigos miraron sorprendidos al músico.

—En un mundo de antropomor-

fos hay que buscar la salvación en el mono; gracias a éste y a una latita, tendremos el codiciado maná que aplacará al infame casero — dijo Schaunard, bromeando.

Rodolfo vació su bolsillo, el de Marcelo y el de Schaunard, contó el dinero que habían reunido los tres, y disgustado porque no quedaba remanente para el yantar, echó una maldición.

—¡Dios le conceda al casero trece hijos y los trece con buen apetito!

Luego se dirigió al rellano de la escalera para llamar al conserje.

Al salir de su buhardilla vió a su vecina hablando con el portero a la puerta de la suya.

Se detuvo y situóse de manera que pasase inadvertido.

Instintivamente supuso que la primorosa vecina se hallaba en el mismo trance que él y sus amigos, y pecando de indiscreto se dispuso a escuchar la conversacón que sostenía con el conserje.

—Espere un poco, señor Benoit — decía Mimí al portero—. Dígale al casero que le pagaré hasta el último céntimo. Acabo de vender todo lo vendible, y creí haber reunido el dinero necesario para cubrir mi deuda con él, pero, de buena fe se lo digo, estaba convencida de que no debía tanto. Tenga usted... No me rechace

esta cantidad a cuenta... y el resto lo abonaré lo antes posible.

El conserje, pesaroso de su misión, se lamentó de no poder complacerla.

—Lo siento, señorita Mimí, pero el señor Bernard exige que pague usted todo lo que le debe o que desocupe la habitación hoy mismo.

—Pero ¿de dónde quiere ese señor que yo saque el dinero en un plazo de horas? ¡Es imposible! Hágaselo usted ver, señor Benoit.

—Yo no hago más que cumplir con mi obligación, señorita... y estoy aquí para cobrar o colgar el cartelito de "Se alquila esta habitación".

—Bien... No insisto, señor Benoit... No me queda otra solución que marcharme.

El conserje colgó el cartelito, y Mimí, llena de amargura, fué a liar sus cosas para abandonar el cuarto.

El ruiseñor parecía muerto debajo del paño que cubría su jaula, y sólo se oía en el desván el suspirar de Mimí y los golpes que daba el conserje en la pared para fijar el cartel; los cuales repercutían dolorosamente en el corazón de la infeliz.

Nunca como entonces experimentó Rodolfo más odio hacia el dinero. ¿No era horrible, una crueldad sin nombre, que Mimí, aquella pobrecita niña, que luchaba sola por la vida,

tuviere que abandonar su cobijo, en el que, sino calor, encontraba al menos la valla — que no existía en la calle — para detener a los viciosos que andan sueltos como enviados del diablo?

El portero puso el rostro jovial al ver a Rodolfo, figurándose que iba a pagarle. Pero observando atentamente al artista, pensó que tendría que colgar otro cartelito...

Y se extrañó tanto como se alegró de haberse equivocado, al cobrar íntegro el importe del alquiler del taller de los bohemios.

Rodolfo regresó pensativo al seno de sus compañeros, a los que halló comiéndose la parte que les correspondía de las cuatro que se hicieron de un plátano.

Schaunard, que había sido el portador de la alimenticia fruta, entre-

góle su pequeña parte, y Rodolfo se la llevó a la boca maquinalmente, sin apetito... porque los pensamientos que abrumaban su espíritu eran más importantes, en aquellos momentos, que nada.

Schaunard dirigía presistentes miradas al mono, y no pudo menos de decir:

—Yo creo que el estofado de mono es un plato exquisito...

Marcelo iba a contestar, pero una inesperada sorpresa le cortó la palabra.

Se habían oído unos golpes en el suelo, procedentes del piso inferior.

Como por ensalmo, el rostro del pintor adquirió el brillo característico de las grandes emociones.

El muy pícaro conocía al "duende" que se anunciaba de tal suerte.

¿Quién era?



MUSETTE

Schaunard, Colline y Rodolfo no ignoraban las relaciones que sostenía Marcelo con el "duende" del piso de abajo, y siguieron atentamente los menores movimientos de su amigo.

Marcelo se colocó de un salto en el centro de la buhardilla, separó una baldosa del piso y quedó en éste un hueco por el cual se podía ver perfectamente lo que ocurría en la habitación inferior.

Quien llamaba era una criatura muy simpática, vivaracha, veleta, caprichosa, pero con un corazón de oro... cuando se arrepentía de sus desvarios abandonando el amor verdadero, del que no sacaba dinero, pero sí felicidad.

Y ese amor era Marcelo, el pintor, el bohemio.

—¡Chérie! — dijo Marcelo al cruzarse sus miradas con las de Musette, que le miraba sonriente desde abajo, junto a una mesa bien provista de manjares y adornada con gusto.

—¡Mon petit! — exclamó ella.

Rodolfo, Schaunard y Colline se acercaron a su amigo, envidiándole en aquel momento... porque estaba hablando con la pizpireta musa.

Todos querían mirar por el vacío de la baldosa, pero Marcelo no abandonaba, egoísta de su dicha, su observatorio.

Musette, mandándole besitos con la mano, continuó:

—¡Ven, Marcelo! Te aguardan la comida... y mis brazos.

Una exclamación de júbilo salió de la garganta del pintor. ¡Banquetazo

a la vista! ¡Indudablemente, había Providencia!

Colocó en su sitio la baldosa, y dijo a sus amigos, que no estaban tan contentos como él, porque el festín de que hablaba Marcelo era para ellos una quimera:

—¡Adorable Musette, sabe amar al triste y dar de comer al hambriento!

Pero su alegría se nubló al ver la preocupación pintada en el rostro de sus compañeros.

—Os veo cariacontecidos y presumo la razón... y os la doy. Perdonad que por un momento no haya pensado más que en mí... Dios me ha deparado a Musette pero se olvidó de vosotros, y la amistad sabrá subsanar esa ligera omisión — les dijo.

—¡Viva la amistad!—gritó Schau-nard.

Colline se refocilaba de antemano, aunque a la callada, disimulando su impaciencia frotando con un pañuelo sus gafas de hombre de letras.

Rodolfo no demostró la menor sensación agradable ni desagradable. Estaba infinitamente triste y sus pensamientos se dirigían con exclusividad a un rostro gentil que en aquellos instantes debía de estar ¡oh, dolor! llorando...

Marcelo, jubiloso y atolondrado, hizo partícipes a sus amigos de lo

que había resuelto hacer para que no careciesen de buena comida, y Schau-nard, como en nombre de los tres hambrientos sin Providencia, abrazó al pintor y estampó en su rostro dos sonoros besos de hermano.

—¡Eres nuestro padre! — exclamó.

Y hasta el mono, viendo la alegría de su dueño, tomó parte en la escena, haciendo graciosas cabriolas, como si estuviera en la pista de un circo.

Puestos de acuerdo los cuatro amigos, Marcelo salió de la buhardilla y dirigióse al piso donde le esperaba su Musette con ansia sin freno de sus caricias.

Musette era todo un caso... y Marcelo otro caso.

Amiga del lujo, la comodidad y la buena vida, la graciosa chiquilla se dedicaba a explotar a los que pretendían explotarla a ella.

La duración de una nueva aventura marcaba la separación del lado de Marcelo, al que volvía al terminarse aquélla.

Marcelo se había resistido al principio a gozar en condiciones tan especiales del amor, el verdadero, el único amor de Musette; pero acabó por acostumbrarse, vencido por su propio amor, y había que verle cada vez que la caprichosa, como el hijo pródigo, regresaba a su nido.

Fácil es de consiguiente suponer cómo descendió las pocas escaleras que le separaban de la habitación de su amada, cuya puerta estaba abierta y en cuyo marco esperaba, sonriente, segura, siempre de su triunfo sobre él, la encantadora Musette.

El reencuentro fué fogoso. Hubo lluvia de abrazos y un aluvión de besos, y los piropos y las exclamaciones alternaban con risas, saltos y otros excesos.

Eran dos locos, dos chiquillos, dos diablos.

A continuación de las luminarias de la fogata, Musette y Marcelo se sentaron ante la magnífica mesa.

El banquete iba a empezar, y mucha prisa tenía en ello Marcelo, cuyos ojos se le iban detrás de los succulentos platos; pero recordó lo conveniente con sus compañeros.

Contando con la bondad de Musette, tenía muchas esperanzas de poder cumplir su promesa tal y cual él la hiciera.

¿Cómo empezar la exposición del caso a la amada?

Reflexionó por espacio de algunos segundos nada más, pues Musette le libró de su meditación para instarle a que se sirviese del primer plato.

—Es verdad... Estaba distraído... — dijo Marcelo, dándole vueltas y más vueltas en su cerebro a lo que le quería decir.

—¡Eso es imperdonable, Marcelo! Tu distracción significa que ya no te intereso.

—¡No digas eso, Musette! No hay mujer en el mundo que pueda interesarme más que tú. Harto lo sabes. Fruebas te he dado en ocasiones que es preferible olvidar.

—Entonces... ¿te ocurre algo? ¿Desde cuándo tienes secretos para Musette?

—Así me gusta que me hables, mi nena; así. ¿Ves? Ya soy otro. Tus palabras me han puesto alegre, y ahora podré decirte lo que me aflige.

—Anda, pues; suelta pronto esa pena...

—Musette...

—Buen principio.

—Mírame a los ojos... Así... Gracias... Y escúchame...

—¡Date prisa, Marcelo, que esto se enfría!

—Es un momento... Tú que eres mi inspiración... tú que eres tan buena... ¿tendrás inconveniente en que invite a un amigo a nuestra mesa?

—¿Un amigo? No sé... Quería estar sola contigo... pero si tanto empeño tienes en que nos acompañe, puedes llamarle.

Marcelo se dirigió a la puerta, la abrió y apareció, plantado al pie de la misma la mayestática figura de

Schaunard con el mono que había adquirido con vistas a negocio.

—Adelante — díjole Marcelo.

Schaunard adelantó resueltamente hacia Musette, la hizo objeto de señoriales saludos y sentóse a la mesa, encantado de la vida.

Musette pensaba que ahora nada podría impedir a Marcelo hacer honor a su abundante menú, pero no contaba con que Schaunard no era mudo.

En efecto, a un gesto de Marcelo, que Musette no vió, el músico dijo a ésta:

—Reina de la bohemia, dispensadora de mercedes, Musa de la abundancia, ¿se opondría tu buen corazón a que venga un amigo a saborear estos manjares?

Musette miró sorprendida a Marcelo, y luego a Schaunard; pero no pudo negarse a complacer a este último.

—Que venga también ese amigo — contestó, encogiéndose de hombros, como quien dice: “¡qué le vamos a hacer!”

No quería compañía y la iba a tener por partida doble.

No quería “caldo” y le hacían beber “dos tazas”.

Paciencia.

Schaunard hizo lo que hiciera Marcelo cuando él se hallaba en espera detrás de la puerta, y entró Colline,

que, tras humildes saludos a la diosa de la opulencia, fué a sentarse ante la mesa.

Musette sirvió a todos buenas raciones, y el banquete parecía haber roto el fuego definitivamente, cuando Colline hizo uso de la palabra.

Musette dirigió instintivamente sus miradas a la puerta de la habitación.

¿A que resultaba que también Colline tenía un amigo?

No se equivocó, pues de su amigo iba a hablarle el filósofo.

—Absorto en la contemplación de vuestra belleza y anonadado por la exuberancia de este banquete, olvidé que ahí fuera dejé a un amigo expuesto a la crueldad de las corrientes de aire. ¿Puedo ir a llamarle?

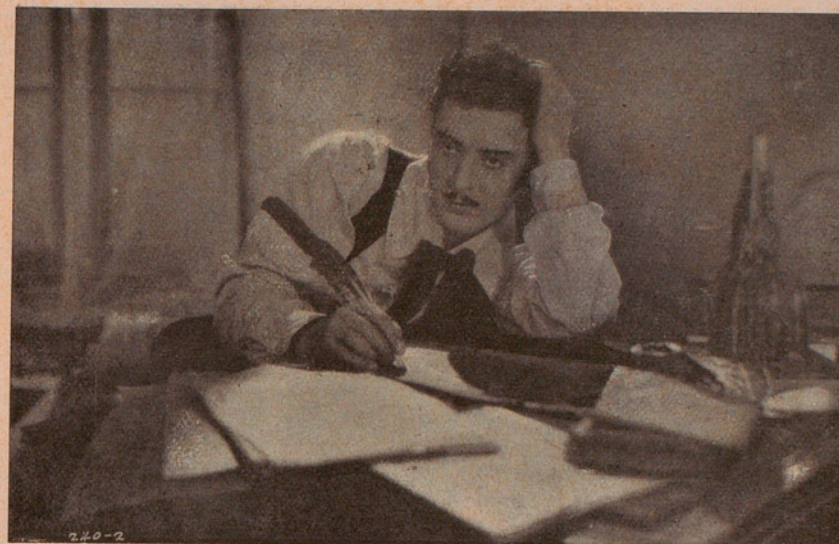
Musette evidenció su asombro sin ambages... pero era demasiado buena para enojarse de veras.

—Bueno, que pase... pero que sea el último.

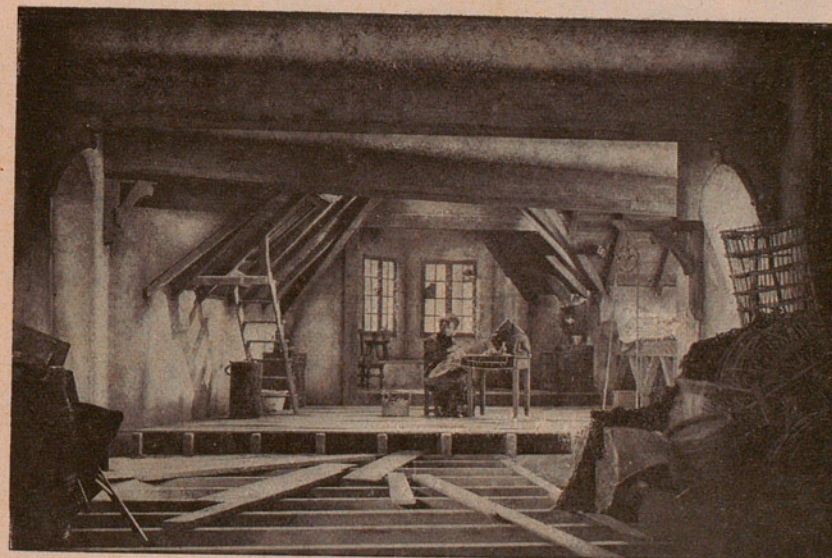
—¡Oh, sí! El último — afirmó Colline yendo a abrir la puerta para que Rodolfo “no estuviera expuesto a la crueldad de las corrientes de aire”, lo cual equivalía a “para que comiera a sus anchas”.

Pero Rodolfo no entró... porque Colline no le había visto ni junto a la puerta ni en el rellano de la escalera.

Los tres amigos se consultaron con la mirada, y coincidiendo en que no



Rodolfo tenía la firme convicción de llegar a ser un dramaturgo insigne.



Mimí, la bordadora...



... formaron un cuarteto original.



... y sacrificó, con gran pesar, sus prendas de abrigo: una piel y un manguito.



—Perdone usted a mis caballos, señorita ...



— ¿Quiere usted, señor, darme lumbre?

— ¿Por qué ha destrozado usted la silla?



— ¿Qué importa una silla al lado de esas manos heladas?





—Hay que mandarle la mejor parte de nuestra comida.



—No... no quiero que se molesten por mí...



—¡Oh, Mimí, Mimí!



—Acostumbro pagar bien, pero... soy un poquito exigente.



—¡Qué hermosa está mi buena Mimí!



—Estate quieto, Rodolfo...

V I D A B O H E M I A

era correcto abusar de la bondad de Musette demorando el absolutamente definitivo principio de la comida, se resignaron a comer sin Rodolfo.

¿Qué le había acaecido al poeta para faltar al convenio?

¿Quería aprovechar tal vez un momento de inspiración, sacrificando por ésta el alimento?

—Su amigo se habrá equivocado de piso — dijo Musette a Colline.

—Imposible — contestó Marcelo—. Vive arriba, es mi amigo Rodolfo, y sabe que tú estás aquí, porque te oyó cuando tú me invitaste.

—De modo que el juego del amigo que se queda ahí fuera y está expuesto a las corrientes de aire, lo habíais combinado en común, ¿eh?

—Tú que eres tan comprensiva...

—Si no me enojo, Marcelo, pero

podíais haber evitado el juego, porque el resultado hubiese sido el mismo.

—Tienes razón, Musette... No podíamos dudar de tu generosidad... pero la delicadeza...

—No se ha perdido nada, adorable Musa —dijo Schaunard interrumpiendo a Marcelo —: la próxima vez nos colaremos juntos.

La franqueza del músico fué celebrada por todos con risas.

El buen humor triunfaba.

Musette se reía, satisfecha de la alegría de sus invitados, simpáticos, galantes y soñadores; pero de pronto pensó en el ausente.

¿Por qué no estaba allí, con sus amigos, para que el júbilo fuese completo?



ELLA Y EL

No era la inspiración la causa de la ausencia de Rodolfo del banquete.

No era tampoco la falta de apetito.

No podía apartar de su pensamiento a su linda vecina. Se desesperaba por no poder ir a su buhardilla y decirle: "Sonríase usted, que aquí estoy yo para pagar al casero y para ayudarla a ser feliz." Pero no podía hacerlo porque era pobre.

Mimí, en tanto, contemplaba, sentada junto a la ventana de su desván, cómo se iba amontonando la nieve en su alféizar y en las cornisas de los edificios. Era hora de comer, pero no tenía ningún alimento.

El frío cada vez más intenso en la habitación, martirizaba a Mimí. El canario dormitaba bajo la cálida funda que cubría su jaula de mimbre.

La tarde agonizaba en brazos de la noche.

Mimí, que había interrumpido la dolorosa tarea de preparar sus efectos, para ir a mirar a través de los empañados cristales hacia las alturas como en súplica de piedad, levantóse, convencida de que nada ni nadie podía acudir en su auxilio, para terminar de una vez la penosa operación.

Buscó una cerilla para encender el cabo de bugía hundido en el seno de la palmatoria, y como la caja estaba vacía, no titubeó en pensar en acudir a su más próximo vecino, que era Rodolfo.

Unos discretos golpes en la puerta de su buhardilla sorprendieron al poeta en su meditación.

Rodolfo, sin moverse, gritó:

V I D A B O H E M I A

—Adelante.

Mimí empujó suavemente la puerta y al abrirse ésta Rodolfo vió con inenarrable asombro la gentil silueta de la vecina dibujada en el marco de aquella.

Levantóse, para recibir a la vecinita con la atención y delicadeza de que ella era digna, y al alcanzarla le preguntó:

—Señorita... ¿en qué puedo serle útil?

La vehemencia que empleó Rodolfo en ir a su encuentro asustó un poco a Mimí, pero recuperó la calma ante el suave acento de voz que regló sus oídos.

La pregunta era innecesaria, pues Mimí mostraba, sostenida por su mano derecha extendida hacia él, la palmatoria con el cabo de bugía apagado.

Pero Rodolfo la hizo por decir algo, para demostrar a Mimí cuán grata le era su visita.

Suele ocurrir, entre seres de distinto sexo que se ven por vez primera, que la emoción que experimentan al examinarse, frente a frente, coarta su voluntad de expresar sus sentimientos, haciéndoles aparecer tímidos, torpes, desconcertados y desconcertantes.

Eso les ocurrió a Rodolfo y Mimí.

El tenía tantos deseos que confiar a Mimí, que no sabía cómo hacerlo.

Y ella recibió tal sorpresa al comprobar que su vecino era tan joven y agradable, que por un momento, un momento nada más, tuvo miedo, un miedo inevitable...

Al recobrarse, díjole Mimí, con dulzona súplica:

—¿Quiere usted, señor, darme lumbre?

—¿Cómo no? En seguida.

Rodolfo tomó la palmatoria de manos de Mimí, dirigióse adonde se erguía la estufa, raras veces roja, y prendió fuego a la bujía; regresando presto al lado de la vecina.

Mimí adelantó sus manos para tomar de las de Rodolfo la palmatoria, y se estableció un leve contacto entre ambos, que hizo exclamar al poeta, con acento doliente:

—¡Pobres manecitas! ¡Están he-ladas!

Ella se ruborizó como las rosas tempranas, y dijo:

—Hace mucho frío en mi cuarto.

¡Qué linda e inspiradora estaba Mimí, para Rodolfo! ¡Oh! El poeta no podía desperdiciar la bendita ocasión que le deparaba la imponderable ventura de conversar con ella.

Decidido a recurrir a todos los medios cariñosos para retenerla consigo, la invitó a acercarse a la estufa para que se calentara un poco con el beatífico hálito que ascendía por el circular conducto cuya cús-

pide sobresalía de la azotea; y Mimí fué obediente.

Pero en el hogar no había más que místicas brasas, y Rodolfo no podía hacerse a la idea de que Mimí se llevase, al salir de la buhardilla, la impresión de no haber sido tratada por él como una adorable criatura para la cual todos los cuidados son pocos.

Si faltaba fuego, fuego habría.

¿Qué iba a hacer?

No lo pensó dos veces: apartóse del fuego, cogió una silla, la mejor, cualquiera — una silla — y le rompió una pata en un abrir y cerrar de ojos.

Con el combustible necesario para alimentar el fuego, volvió con Mimí, introdujo el trozo de madera en el hogar y la envolvió, sonriente, en sus más claras sonrisas.

¿Qué? ¿Estaba contenta la linda vecina?

Eso era lo único que le preocupaba.

Mimí, que siguió en silencioso asombro, que fué en aumento desde que entró en la buhardilla, los menores gestos de Rodolfo, inquirió, no considerándose merecedora del sacrificio que acababa de hacer su vecino:

—¿Por qué ha destrozado usted la silla?

Rodolfo incorporóse, verificó que la pata de madera ardía en holocausto a la belleza, rezumándose su calor por el exterior del hogar y del tubo

de conducción, para acariciar a Mimí, y contestó a ésta:

—¿Qué importa una silla al lado de esas manos heladas?

Mimí apartó sus lindos ojos de los de Rodolfo, y colocó sus manos a poca distancia del cuello de la estufa, bañándolas en su alta atmósfera.

Rodolfo no cesaba de admirar a su vecina, paraciéndole increíble que pudiese haber tanta perfección en un cuerpo humano.

Desde el pelo, rubio como metal enemigo de los bohemios, hasta su sedoso rostro, sus nacarinos dientes y sus diminutos pies, todo, todo era perfecto, trazado por mano maestra, por la Musa más exigente de todas las Musas.

Mimí se sabía examinada por el idealista, y al rubor se añadía el temor de que esa admiración obedeciese solamente a lástima.

Al poco rato, Mimí hizo ademán de retirarse. Recordaba que tenía que marcharse aquella misma tarde del desván, y no quería salir cuando fuese noche cerrada.

Rodolfo quiso detenerla.

—No se vaya aún... no se vaya...

Ella insistió en salir.

—Créame un buen amigo suyo — le dijo Rodolfo, ofreciéndole la palmaria, que ella dejara sobre un escabel y cuya bujía, que Mimí apagara, volvió él a encender.

—Gracias — murmuró la vecina.

Salieron juntos a la meseta de la escalera, se cambiaron un "adiós" más, apasionado el de Rodolfo; y Mimí desapareció por la puerta de su cuarto.

Rodolfo se detuvo a contemplar la puerta por donde se había esfumado la ideal visión, deseando que reapareciera.

Ensimismado como estaba no oyó, hasta que les tuvo cerca, las voces de sus amigos y las risas de Musette.

Subían todos, cargados de manjares, para saber qué estaba haciendo el poeta.

—¡Ah, ingrato, puesto que tú no vas al banquete, viene a ti!—exclamó Marcelo cuando le dieron alcance.

Schaunard mostró a Rodolfo lo que traía consigo de comer, y entró en la buhardilla seguido de Colline, Marcelo y Musette, para disponer la mesa y terminar el banquete allí.

Rodolfo no les siguió adentro; por lo cual aquéllos volvieron a salir, sorprendidos sobremanera de su incomprensible actitud.

—Pero, ¿se puede saber lo que te sucede a ti, querido Rodolfo?

—No quisiera turbar vuestra felicidad con mi melancolía — replicó el poeta.

—Malo, malo... — comentó Schaunard, que llevaba todavía colgando

de su cuello la servilleta, a guisa de demostración de que la comida seguiría.

—¿Qué es ello?—volvió a preguntar Marcelo, coincidiendo con la curiosidad de Musette y de Colline.

—¡Pobre pequeña! Tenía frío, y estaba sin duda muerta de hambre...

—dijo entonces, como si hablase consigo mismo, Rodolfo.

—¿Quién es?—dijo Musette.

Viendo que todos, incluso Schaunard, que podía ser glotón pero que tenía, por sobre todas las cosas, un corazón que no le cabía en el pecho cuando alguien lloraba, estaban dispuestos a escucharle y a hacerse eco de sus sentimientos, Rodolfo les refirió, sin omitir detalle, lo ocurrido hacía unos minutos y la escena que sorprendió entre el conserje y la vecina.

El relato de Rodolfo entristeció a sus amigos, y Musette, buena, generosa, redimiéndose con sus ratos buenos de los ratos malos, exclamó, rompiendo el mutismo en que todos habían caído:

—Hay que mandarle la mejor parte de nuestra comida.

La idea de Musette fué recibida con júbilo por los bohemios.

—¡Qué mujercita!—dijo Schaunard.

—¡Qué buena! — musitó Colline.

—¡Chérie! — rumoreó Marcelo.

En cuanto a Rodolfó, sus ojos no podían expresar mejor su satisfacción; y esta vez fué él el primero en entrar en la buhardilla para preparar los alimentos que Musette tendría a bien poner a su disposición para llevárselos él mismo a Mimí.

Ocupado estaba en esa operación, cuando percibió el rumor de pasos en la meseta de la escalera. Miró a sus amigos, para ver si era uno de ellos el que andaba por el rellano, y como todos estaban a su alrededor, pensó en que podía ser Mimí.

Seguido de sus amigos salió el poeta apresuradamente de su habitación, y llegó al pasillo a tiempo de impedir que Mimí — pues ella era — se marchase.

El hatillo y la jaula del canario, que era todo su equipaje, indicaban que la vecinita abandonaba el desván para no volver más, como lo había estado temiendo Rodolfo.

¿Podía él permitir, ahora que la había conocido lo bastante para enamorarse con toda su alma, que ella huyese de su lado, quién sabe adónde?

¡No! ¡No!

Y sin que tuviera necesidad de suplicar la ayuda de Musette y de sus amigos, trató de disuadir a la infeliz de su propósito de partida.

—Señorita, quédese... en nombre

de todos, se lo suplico... Hemos organizado una pequeña fiesta y nos honraremos teniéndola a nuestra mesa — le dijo Rodolfo, empujándola suavemente hacia Musette, que le tomó cariñosamente una mano.

—No... no quiero que se molesten por mí... — contestó Mimí.

—¡Si no es molestia! — exclamó ingenuamente Rodolfo.

—Vamos, no le haga usted sufrir más — dijo Musette.

Mimí se dejó vencer, y con su entrada, por segunda vez, pero ésta con carácter de amiga, penetró en la buhardilla la felicidad para Rodolfo.

Schaunard sentóse en el suelo ante la improvisada y sólida mesa, que no cojeaba de ningún lado, porque no había de qué, y Colline, Marcelo y Musette le imitaron.

Rodolfo ofreció a Mimí el puesto de honor en aquella mesa, y colocó cerca de ella la jaula y el resto de su escaso equipaje.

—Gracias — murmuró Mimí, emocionada.

El estrechó una de sus manos y exclamó, mirándose en sus ojos claros, fuentes de luz y esperanza:

—¡Oh, Mimí, Mimí!

Schaunard temía por su digestión contemplando el incipiente y ya franco idilio de Rodolfo con Mimí, y llamó a aquél al orden, en forma que la amada no se arrebolase:

—La comida se enfriá, mi caro amigo.

Sentóse el poeta enfrente de Mimí, y él mismo se cuidó de servirla, poniendo de buenas a primeras en sus manecitas un buen cuarto de ave.

Y la comida transcurrió alegremente para todos.

Schaunard, que llevaba la batuta en aquel concierto, llenó para Mimí una copa de roja bebida y acompañó su cordial ofrecimiento con un pequeño discurso:

—El vino es la alegría de la vida, el calor que piden los cuerpos. El vino enseña el camino de la gloria — dijo de un tirón.

Mimí aceptó la finura del músico, y Rodolfo, levantando su copa en alto, imitándole sus amigos, brindó por ella:

—¡Por Mimí, que será desde hoy nuestra hermana o nuestra Musa en la alegre bohemia!

—¡Por Mimí! — repitieron todos.

El canario también tomaba parte en el banquete, y eran tantas y tan sinceras las demostraciones de simpatía que recibía Mimí de sus vecinos, que, agradecida, lloraba y reía a un tiempo, por haber encontrado al fin unas almas buenas que le brindaban fraternalmente su ayuda para que se le hiciera menos penosa la lucha que, sola, sostenía con la vida.

Lo más apremiante para ella era en aquellos momentos el pago completo de su deuda al casero.

Los bohemios no tenían fondos para redondear la cantidad que a la cuitada le hacía falta; pero allí estaba Musette, que tenía algunos billetes.

El horizonte de Mimí se despejaba de los amenazadores vellones que lo empañaban, y para todos, juntos en las alegrías y en las penas, Mimí tuvo una sonrisa y una lágrima de gratitud.



CELOS SON AMORES

Desde aquel día Mimí halló ensueños, afectos, esperanzas y alegrías en el cálido compañerismo de la bohemía.

Gracias al apoyo moral, y también material de los bohemios, este último por mediación de Musette, Mimí pudo transformar paulatinamente su desguarnecido cuarto en un retiro risueño.

Trabajando con más ánimo, porque hallaba consuelo en la buena amistad de sus convecinos, se ganaba mejor jornal, y caían algunos buenos encargos.

La vida es buena o mala, según el color del cristal con que se mira, como dijo el poeta inmortal.

Antes, la vida era huraña para Mimí, porque en su triste soledad no

tenía ni el alivio de contar sus penas a nadie.

Pero ahora las cosas habían tomado un nuevo rumbo que, de no torcerse obedeciendo a mandatos supremos de la Fatalidad, la conducirían a la senda delineada por los rayos del sol, que cruza valles floridos y no termina hasta donde la vista no alcanza a distinguir...

El canario trinaba placentero, identificándose con su dueña, y la sombra de la desesperante miseria se había esfumado empujada por las espirales caprichosas que el alma fortalecida de Mimí dibujaba en el aire elevándose a alturas de sueños...

El antagonismo cruel de la desgracia y de la suerte desapareció como la tempestad en el furioso mar,

para ceder el sitio de la placidez a la bondad y el trabajo.

Y del mismo modo que el fantasma de la escasez mortifica a su presa, llevándola a los vericuetos de la locura, la suerte sonrió a Mimí vestida con las galas de la esperanza, que es el tesoro máspreciado de los pobres.

En la nueva era de prosperidad que manaba de abundante manantial para ella, la huérfana, ayer, de afectos, veía a cada paso la amable mirada de un hombre, a quien se sentía unida por la afinidad de sus almas.

El ángel guardián de Mimí, lo encarnaba Rodolfo, y sus pasos eran tan firmes porque él, misteriosamente, la guiaba.

Por las noches, recordando como una lejana pesadilla, la postración en que la hundía su infortunio, entregábase Mimí, en el presente, a la evocación del milagro realizado por aquel bohemio que Dios tuvo a bien poner en su camino.

Y el frío glacial fué sustituido por el calor de la ilusión.

Y al triste despertar al fulgurar a través de las últimas sombras de la noche inclemente los primeros albores del nuevo día, siguió el himno al bello vivir.

Y a las lágrimas que irritaban los delicados ojos de la que nunca pidiera imposibles, sucedieron los par-

padeos graciosos que acompañaban la murmuración de gracias que ofrecían sus labios al invisible Ser que mueve, a una, los resortes de los muñecos humanos.

Un día un nuevo cliente llamó a su puerta, a cuyo lado izquierdo y en la pared había una modesta placa en que rezaba el nombre de Mimí y su oficio de bordadora.

Mimí abrió la puerta y vió al vizconde Pablo. Le acompañaba el portero, que se retiró al entrar aquél en el pisito de la bordadora.

—Señorita...—saludó con profunda reverencia el noble.

Mimí le recordó; y como no conservaba de él una mala impresión, no se mostró recelosa ni le trató con prevención.

—¿Quiere usted pasar, señor?—contestó.

El vizconde, cuya coquetería lindaba con la femenina, se introdujo en la habitación, y después de aludir al casual encuentro que le deparara el Destino aquella tarde de tan grata memoria—más que desagradable recuerdo—para Mimí, porque en las tinieblas de su desaliento brilló la luz del faro de la salvación, se interesó por los trabajos de la gentil bordadora.

—Deseo ser uno de los clientes de usted, señorita, y quisiera examinar

sus más finas creaciones en bordados.

Mimí mostróle algunos trabajos que revelaban su buen gusto y su habilidad; y el vizconde, realmente complacido, exclamó:

—¡Una preciosidad!

Pero su exclamación se dirigía más que al bordado a la bordadora, a la que observaba a través de sus impertinentes, sin que ella se diera cuenta del examen de que era objeto.

Mimí sometió al juicio del noble cliente otros trabajos, y dijo éste, deseando ardientemente hacer la conquista de la hermosa artista:

—¡No puede pedirse nada más encantador!

Alguien llamó en aquellos instantes a la puerta del pisito de Mimí.

—Con su permiso—dijo ésta, yendo a abrir.

Era Rodolfo.

—¿Qué quieres?—preguntóle Mimí, hablándole desde la puerta, que entreabrió ligeramente al ver que se trataba del poeta, dictándole su instinto que procurase evitar que el bohemio viese al vizconde.

—Mimí, Schaunard acaba de vender su última canción y nos ha invitado a su estudio para celebrar su triunfo, que es como un ensayo de los que le están reservados.

—Me alegro, Rodolfo. Me alegro mucho.

—Contamos con tu presencia.

—Bueno. Iré luego.

—¿Por qué no ahora mismo?

—No puedo en este momento. Espérame en tu cuarto.

Rodolfo miró hacia el interior del pisito de Mimí, y no escapó a su inquisidora mirada la presencia del noble.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó a Mimí.

—Un buen cliente. Ya hablaremos. Hasta luego.

—Me figuro que vas a tardar mucho. Será mejor que entre en tu cuarto, para que ese "cliente" se vaya antes.

—No, Rodolfo. Vete. La obligación es la obligación.

—Es que, a veces...

—No seas malo. Déjame que le atienda como se merece.

Quieras que no, Rodolfo desistió de su empeño en entrar en la habitación de Mimí... porque ésta le cerró la puerta.

Sin embargo, en un arranque de celos la abrió bruscamente, como si fuera a comprobar, con pruebas irrefutables, que el vizconde estaba con Mimí única y exclusivamente, para hacerle la corte.

Mimí le miró entre sonriente y severa, y Rodolfo — que no había visto nada alarmante, ni mucho menos—, cerró, confuso, la precitada

puerta, regresando furioso a su buhardilla.

¿Furioso, por qué?

¡Ah, los celos, cien mil veces benditos cuando son hijos del amor!

¡Tiranos de los que aman!

¡Tortura y placer juntos!

Rodolfo arrojó a diestro y siniestro su sombrero de amplias alas y su capa, dejándose llevar de su coraje.

Y paseóse de un lado a otro de la habitación nerviosamente, soliloquiando.

¡Ah, pícaros celos!

El vizconde, entretanto, disimulando no haber parado mientes en el furor de Rodolfo, el cual, como hombre que era, opinaba de sus semejantes como tal, prosiguió su entrevista con Mimí extremando sus atenciones.

A fin de dar continuidad a su trato con la bordadora con vistas a conquistarla, le hizo un buen encargo.

—Una docena de pañuelos bordados, seis cuellos de encaje... —dijo.

Y añadió, cuando Mimí hubo tomado nota del importante trabajo:

—Acostumbro pagar bien, pero... soy un poquito exigente.

—Procuraré quede usted contento de mí.

—Así lo espero. Y... por si necesita usted consultarme... he aquí mi tarjeta... con mi dirección.

—Gracias, señor.

—Y tenga usted presente que, por mis numerosas y buenas relaciones, yo puedo recomendarla a personas que serían buenos clientes...

Mientras Mimí leía la tarjeta, el vizconde le acariciaba el suave pelo rubio cuidadosamente peinado y dejaba volar su fantasía examinándola con suma atención.

—Todos mis afanes se dirigirán a que sea digna de la confianza que usted deposita en mí — manifestó luego Mimí.

El aristócrata, mal que le pesara, despidióse de ella.

—Adiós, señorita... y ya lo sabe... Por cualquier cosa... no vacile en venir a verme.

—Adiós, señor.

Cuando quedó sola, Mimí sentóse en el límite del entarimado que separaba una parte de la habitación de la otra, que seguía siendo almacén de trastos inservibles, y releyó la tarjeta que le había dejado el noble.

¡Oh, era vizconde! Debía tratarle como era debido a su elevado rango.

No pensaba la ingenua en las ocultas intenciones del conquistador, pues era demasiado noble a su vez, no por derecho de título, sino por derecho propio, para dudar de la nobleza de los demás.

Rodolfo se había resistido a meditar sobre su arranque de celos. Le

obsesionaba la visita del vizconde a Mimí; y en su afán de ridiculizarlo, a sus ojos, más de lo que ya lo estaba, remedó sus gestos.

Pero la parodia duró poco... para dejar paso a la realidad, y ésta era la tristeza que le producían sus celos.

Sentóse junto a la estufa y se dejó vencer por el remordimiento.

Sí. Habíase comportado como un niño. ¿Qué pensaría de él Mimí?

¿Se resentiría su buena amistad a causa de su torpeza?

Una voz le decía que Mimí no era rencorosa; pero, a pesar de todo, algunas dudas se resistían a morir.

¿Qué hacer? ¿Ir a reconciliarse con ella?

Eso. Que no es humillante, sino bello, humano, reconocer los errores.

Pero no tuvo necesidad de prepararse para celebrar la necesaria entrevista con la amada, pues ésta, asomándose a la ventana situada enfrente de la del bohemio, le llamó.

Rodolfo, sorprendido de que fuera Mimí la que se humillaba, aprovechó la oportunidad para aparentar que seguía enojado, para no tener que hacerse perdonar, prefiriendo dar él el perdón, lo cual resulta más fácil y es más halagador.

—Ven, Rodolfo — volvió a decirle Mimí, sonriéndole.

Al fin Rodolfo acudió a la llamada, salvando por el vacío la distan-

cia, escasa, pero no por ello sin grave peligro, el acceso en línea recta, que existía de una ventana a otra.

Mimí cerró los ojos para no ver gatear a Rodolfo hacia su ventana, y no los abrió hasta que él estuvo apoyado en el alféizar.

—¡Qué temeridad! — exclamó, evitando mirar hacia abajo, por temor al vértigo—. ¿Por qué has hecho esto?

—¡Bah! Ya ves que no me ha sucedido nada. Cuando me acostumbre un poco, haré este ejercicio como si caminase sobre una alfombra de rosas.

—¡No! Tú no volverás a hacer eso, ¿oyes?

—¿De veras te intereso?

—Calla, calla... y mira.

Le mostró la tarjeta del vizconde.

—Es un noble nada menos — añadió.

—Ya, ya...

—Vino a verme para darme trabajo. Por ahora tengo más que el que puedo hacer... y estoy muy contenta.

Pronunció tales palabras con tanta alegría, que Rodolfo tuvo que descargarse de un peso que le era penoso soportar.

—Perdóname — dijo —, si no estoy alegre como tú... Es un poco ridículo tener celos, pero no los puedo evitar.

—¡Ah, malo!

—¡Qué quieres! Yo soy así.

—Pues no eres razonable.

—El es hombre de posición, puede darte cuanto desees, mientras que yo, por ahora, sólo puedo hablarte de una quimera, de una gloria futura.

—¡Ah, tontito, tontito mío!

Rodolfo estaba dominado por Mimí. Con suplicante mirada le dijo que quería entrar. Ella adivinó que sería peligroso complacerle, y cerró

la ventana, sonriente, feliz como nunca.

—¡Oh, Mimí! No seas cruel. Abre... Abre...

—No, no... Vete... Vete...

Y Rodolfo tuvo que volver a su buhardilla por el mismo camino que empleara para alcanzar la de Mimí, pero dejó prendido su corazón en el beso que depositó en una mano de ella a través del cristal en cuya parte interior estaba apoyada.



EL PACTO SAGRADO

*Día de Pascua Florida
en que un hálito de vida
tierra y espacios recorre,
en tanto que melodiosas
lanzan notas jubilosas
las campanas en la torre.*

*Es la brisa invitación
que turbando el corazón
la sangre enciende y apremia
y la ciudad esquivando,
flores, luz, amor buscando
váse al campo la bohemia.*

Los cuatro amigos y las amadas de tres de ellos, Musette la de Marcelo, Mimí la de Rodolfo y Eufemia la de Schounard, no eran una excepción de la regla.

Habían alquilado un coche para

ellos y algunos conocidos, y convinieron, obrando a lo marqués, en que el vehículo iría a recoger a la puerta de sus respectivos domicilios a todos los que debían ocuparlo.

El último turno les tocó a Rodolfo y Mimí, a quienes Musette fué a avisar para darles prisa, pues no estaban en la puerta de la calle, sino arreglándose en sus sendos cuartos.

—¿Ya estás lista, Mimí? — dijo a ésta, besándola.

—Sí; ya puedes verlo. ¿Te gusta mi vestido?

—Es un primor.

—Es muy modesto.

—¡Menos que tú, sin duda, mi querida amiga! ¿Vamos, pues? Supongo que Rodolfo no nos hará esperar so pretexto de que está inspirado.

Salieron Musette y Mimí del cuartito de ésta, la cual volvió a entrar en él para coger un cesto con provisiones que preparara para Rodolfo y para ella misma... y, en caso necesario, para los demás...

Al pasar junto a la puerta de Rodolfo la abrió y asomándose dentro de la habitación le gritó que se apresurara a reunirse en la calle con sus amigos, que se impacientaban ante su tardanza.

Rodolfo dió atropelladamente los últimos toques a su indumentaria dominguera... y que raras veces no estaba empeñada, y salió presto de la casa.

En la puerta saludó jovialmente a los conserjes, y recreóse en la contemplación de Mimí, que le estaba esperando junto con Musette y Marcelo.

—¡Qué hermosa está mi buena Mimí! — exclamó examinándola de pies a cabeza, y haciéndola virar en redondo, como un maniquí. •

Mimí se sonrojó de ventura y al apartar su mirada de la de Rodolfo, se encontró con la de Musette.

Y las dos mujeres se dijeron que ser amada es lo mejor que tiene el mundo para Eva.

El coche no tenía que ir a buscar más pasajero.

El cochero, antes de emprender la

marcha hacia el campo, decidió cobrar.

—¿Quién paga? — dijo a Schounard, que se había apeado para hablar reservadamente con Rodolfo.

—¿Que quién paga? — respondió el músico, como ofendido—. Pues... cualquiera de nosotros.

Y, requiriendo la atención de Rodolfo, que estaba a su lado, exclamó:

—¡Tú, Rodolfo, el menguado duda de nuestra solvencia!

—¡Qué osadía! — opinó Rodolfo.

Pero el cochero conocía a los bohemios e insistió en que se le abonase el precio convenido para aquel transporte de alegría.

—¡Tenga usted, y déjenos en paz, avaro! — dijo, por último, Schounard, enfático como un magnate del oro, entregándole el importe concertado, que Rodolfo hubo de darle de su bolsillo particular.

—Gracias mil — añadió el auriga, que no esperaba buena propina.

Decididamente, los bohemios eran... eso: bohemios.

Y como ya nada se oponía a que los caballos fueran puestos a ligero trote, el cochero hizo restallar el látigo en el aire, confundiéndose el rumor de los trallazos con el chasquido de unos besos.

... ..

La naturaleza se había vestido las

lujuriantes galas que son propicias al amor.

Los bohemios escogieron un hermoso rincón de perfumadas frondas y suelo tapizado de musgo suave como el ambiente.

Se formaron varios grupos, encargándose Mimí de preparar la mesa para Musette, Marcelo, Rodolfo y ella misma.

Musette y Mimí se querían como hermanas y eran a cual más feliz.

Rodolfo, henchido de ternura, seguía con los ojos, de un lado a otro, a Mimí, a quien todos amaban porque era tan humilde y tan cariñosa.

—Mimí, ven — dijole Rodolfo, egoísta en su contenida pasión.

Ella no le obedeció, y arrodillándose sobre el mantel de su mesa que besaba el suelo, puso en orden el resto de los manjares.

Las parejas se estremecieron al filtrarse en su alma el néctar embriagador de una música que parecía lejana.

Bailaron algunos, y la música, como siguiendo la corriente, tocó bailables que a la vez movían ligeramente los pies y hacían vibrar el corazón.

—Ven, Mimí... — insistió Rodolfo.

—No, no... — dijo ella, con graciosa coquetería, porque el amor huye

al amor por temor a acercarse demasiado.

Rodolfo se aproximó, y coincidiendo su pretensión de abrazarla, al sentarse junto a ella, con la casualidad de disponerse Mimí a poner en el cestito de las provisiones una manzana, él le suplicó sediento de amor, que se la diera, no importándole condenarse si se condenaba en sus brazos.

Y le murmuró:

—¿Quieres, Mimí?

Ella esquivaba sus caricias, pero Rodolfo la besó, y, fingiendo enojarse, Mimí pretendió apartarle de su lado.

—Estáte quieto, Rodolfo...—dijo.

—No puedo, Mimí... no es posible... — arguyó él.

Entonces Mimí se levantó del suelo y echó a correr por el bosque, como huyendo de un peligro inminente.

—¡Mimí! ¡Mimí! — gritó Rodolfo persiguiéndola.

Pero ella corría, corría, gozosa de oír a Rodolfo.

La persecución duró un buen rato. Rodolfo cesaba de llamar a Mimí; y al alcanzarla junto a un árbol, le apresó dulcemente una mano.

Callaron.

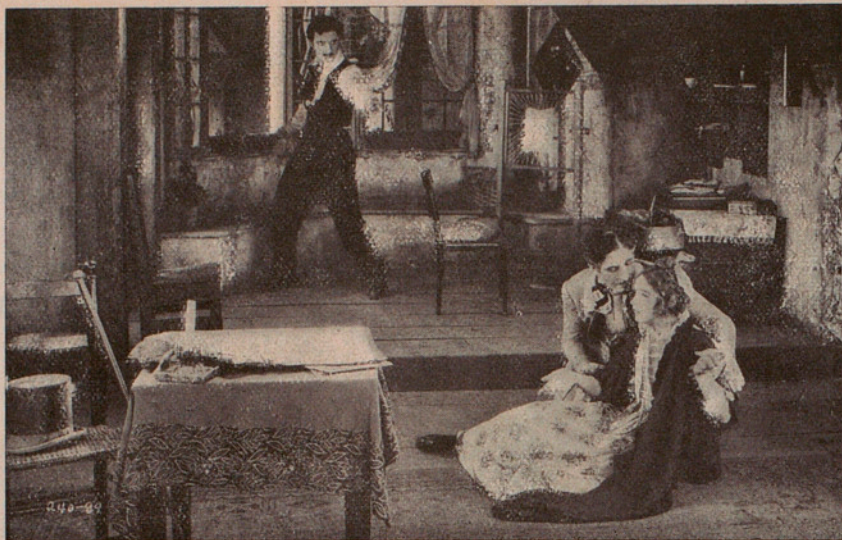
Sus ojos decían muchas cosas, y, sonrientes, ambos enamorados posaron sus dedos sobre sus labios y se enviaron mutuamente besos.



... y al alcanzarla junto a un árbol, le apresó dulcemente una mano.



—Triunfarás, Rodolfo, triunfarás.



Las apariencias le engañaron.



—¡No necesito ayuda de semejante tipo!



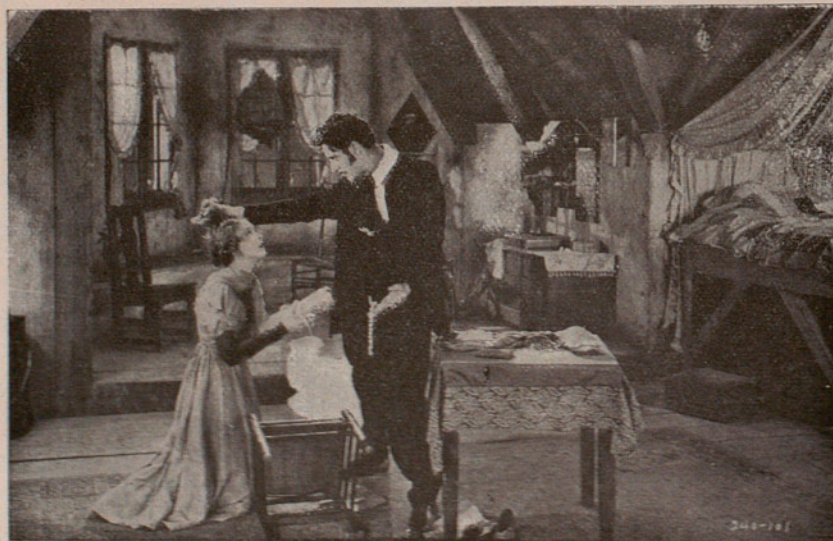
—Tengo aquí los originales de la obra...



—¿Qué opináis vosotros?



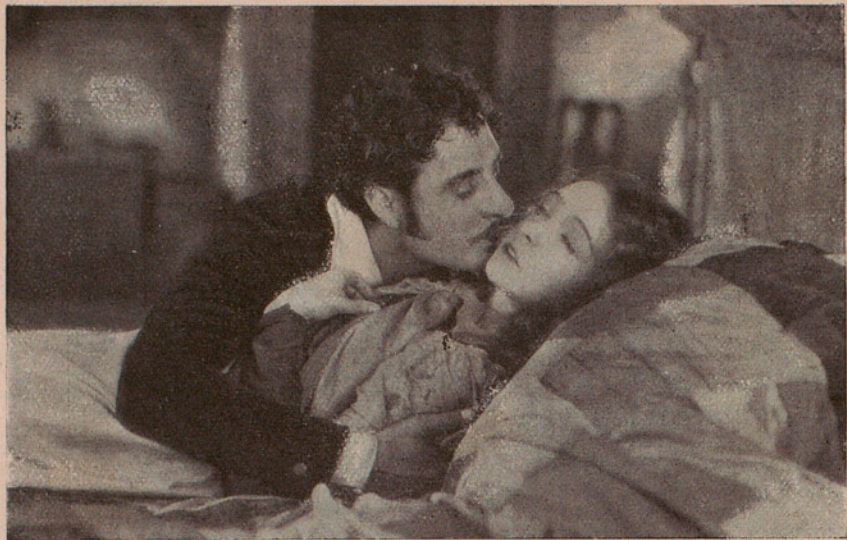
- Si es usted razonable conmigo...



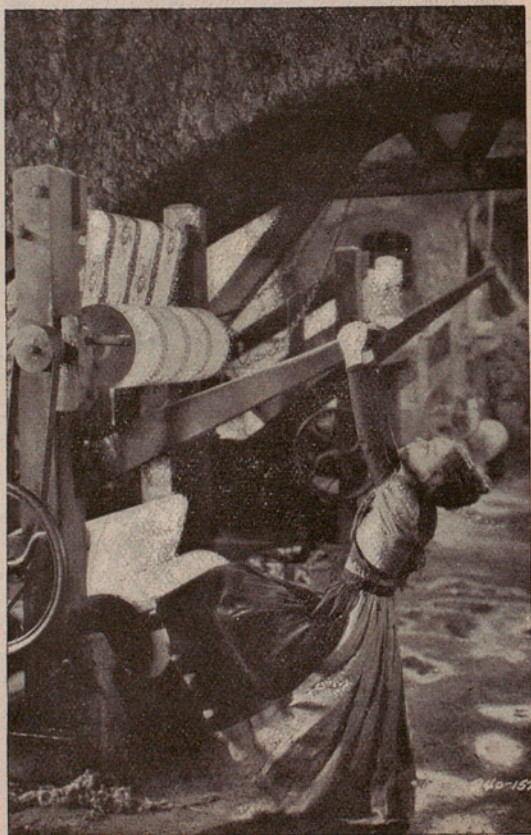
—¿De dónde sacaste esos trapos y estas joyas?



—¡Mi pobrecita Mimí!



—Quiero ganar dinero
para ti, para reponer tu
quebrantada salud.



Oculto en un arrabal de
París, Mimí trabajaba...



—No puede continuar aquí... Será mejor que se ponga en cama.



—Recuerdo los buenos tiempos de nuestro amor...



Mimí exhaló un suspiro y entornó los ojos como vencida suavemente por el sueño.

V I D A B O H E M I A

La música llegaba hasta ellos, invitando a soñar. Mimí dió unas vueltas coqueteando con Rodolfo, y bailando se apartó de él.

El poeta la observó unos instantes hablando consigo, haciéndose preguntas, que contestaba conforme a sus ansias; y loco de amor se reunió con Mimí, enlazándola con vehemencia, para bailar juntos.

Pero al terminar el baile Mimí escapó otra vez al peligro, y alcanzándola de nuevo, en la margen de un riachuelo, Rodolfo, hurgando en el fondo de sus ojos claros, le preguntó con emoción:

—¿Por qué huyes?

Mimí curvó su cabecita sobre su pecho de figulina, y rumoreó:

—Porque... porque... te amo.

El abrió desmesuradamente sus

ojos. ¡Mimí le amaba! ¡Le amaba de verdad! Pero ¿era posible tanta suerte?

—¿Que me quieres, dices? ¿Que tú quieres ser para mí? — le preguntaba con gestos, creyendo soñar.

Mimí sabía ya que Rodolfo la adoraba, porque su sorpresa no podía ser más elocuente, si no lo habían sido bastante sus atenciones hasta aquellos momentos, y agradecida, acarició con sus manos de hada el rostro del amado y juntó sus labios a los suyos.

—¡Oh, Mimí! — exclamó, con lágrimas, Rodolfo.

La estrechó con delirio contra su corazón, y besóla en los rizos que exornaban su frente, en los ojos, en que se licuaban dos perlas, y apoteósicamente en la boca, sellando el pacto sagrado de vivir el uno para el otro.



CUANDO EL AMOR NOS GUIA...

Los sueños de Rodolfo al fin encontraron un norte; su inspiración un objeto; su voluntad un propósito.

Mimí ya tenía a quien mimar, en quien soñar, por quien sacrificarse con ese heroísmo generoso cuyo secreto sólo una mujer, cuando ama, posee.

Rodolfo había encargado a su amada fuese a entregar al editor un artículo para su periódico, que había escrito para ganar unas pesetas.

Mimí iba a cumplir el encargo ilusionada, orgullosa de que su amado tuviera tanto talento como ella le atribuía, y en su rostro podía leerse la esperanza que anidaba en su corazón.

Y, mujer enamorada hasta el alma, y por ello santa, se consideraba

infinitamente pequeña comparándose con Rodolfo.

Así es el buen amor: humilde, admirativo, acariciador como la brisa que mece a las flores.

Cruzó calles y más calles, ajena a cuanto ocurría a su alrededor, pues su pensamiento estaba fijo en lo que le diría el editor al leer las cuartillas del poeta, y se le figuraba, contenta, no por ella, sino por él, por Rodolfo, que el trabajo literario que llevaba amorosamente apretado en una mano, sería espléndidamente retribuido.

Una media hora después se hallaba delante del editor, que era tan tacaño que se multiplicaba en la oficina para evitarse el sueldo de un secretario.

V I D A B O H E M I A

—¿Qué es lo que usted desea, jovencita? — le preguntó sin interrumpir su trabajo.

—Le traigo estas cuartillas, señor...

—¿De quién son?

—De... de mi novio, señor.

—¿Y quién es su novio?

—Rodolfo... el poeta.

El editor miró a Mimí con desdén, y maltratando las cuartillas, que para ella tenían un gran valor, le dijo:

—Pero ¿todavía vive el bohemio de Rodolfo? Hace cuatro semanas que no da señales de vida en esta redacción.

El tirano se había levantado bruscamente y devolvía a Mimí las cuartillas.

Ella las tomó sin proferir la menor queja, y cuando le pareció que el editor estaba más dispuesto a escucharla, abogó por Rodolfo.

—Usted sabrá hacerse cargo, señor director... Rodolfo está ocupadísimo con esa preciosidad de drama que escribe ahora. Si usted lo leyera, se le encogería el corazón.

A lo que el editor repuso, sin contemplaciones:

—A mí no se me encoge el corazón así como así, y menos con la literatura de un pobre diablo lleno de pretensiones, cuya colaboración no aceptaré más.

Hasta aquel momento Mimí se había mostrado excesivamente sumisa al editor, pero, no pudiéndole tolerar la ofensa que infería al ausente, del que ella era representante, no quiso marcharse sin decirle lo que pensaba de él.

—Está usted metalizado, señor, y no sabe lo que se dice.

—¡Vaya usted a paseo, niña!

—Tiene usted una roca por corazón.

—Tenga usted cuidado con el suyo.

Irritada, herida, soberbia, Mimí midió con desdén al editor y salió de la redacción.

¡Ah, si Rodolfo se enterase de lo ocurrido!

¡Oh! Sólo de pensarlo Mimí se ponía inconsolable.

Lo mejor sería ocultarle la verdad, y la amada discurrió un plan para llevar a cabo el generoso engaño.

Disimuló debajo de su chal las cuartillas devueltas por el editor, y al llegar a la escalera de su casa sacó de su monedero unas monedas.

Luego entró en la buhardilla de Rodolfo con cara alegre.

—¿Qué, has cobrado? — le preguntó el poeta.

—Sí, Rodolfo. Aquí tienes el dinero. El director me dijo que está encantado con lo que has escrito y que tu literatura es la que más prefieren sus lectores.

—¿De veras, Mimí?

—Naturalmente. Y se portó muy correctamente conmigo. Hemos simpatizado mucho.

—¡Qué alegría, Mimí! Pero ¿constaste bien el dinero? Ese viejo es muy capaz de haberse quedado con alguna moneda.

—¿Cómo iba yo a saber si me pagaba lo que a ti, si no sabía, más que vagamente, lo que suelen pagarte por tus artículos?

Rodolfo hizo tintinear el dinero en el meneo de sus manos, y se dió por satisfecho con la cantidad "cobrada" por Mimí.

—Está bien, amada mía. Te paga mejor que a mí, y aprovecharemos la ventaja.

—No tengo inconveniente en ser yo quien vaya a entregar tus originales a ese simpático señor. Así no tendrás que distraerte de tu trabajo.

—Tienes razón, Mimí. Ardo en deseos de terminar mi drama. Estos pocos francos representan ahora mucho para nosotros; de ellos dependerá que pueda trabajar, imponerme, para que tú y yo seamos ricos y dichosos.

—Sí, Rodolfo; muy dichosos, sobre todo.

—La Gloria me espera. Esta será mi hora cumbre. Acabo de terminar el primer acto, y tú, Mimí, has sido mi Musa.

Seguidamente, impidiendo hablara Mimí, Rodolfo colocóse en el centro de la buhardilla para relatar a aquélla cuanto ocurría en el primer acto de su obra.

Gesticuló exageradamente, poseído por la fiebre creadora, y Mimí temió por un momento que Rodolfo se hubiese vuelto loco.

Pero, no, por fortuna. Sus ademanes eran los que correspondían a los tres principales personajes del citado primer acto del drama.

—¡No! — exclamó de repente Rodolfo, transformado en actor—. Vos no podéis robarme a mi amada.

—¡Os obligaré a entregármela! — se respondía a sí mismo, con un sonido de voz distinto al propio, porque se identificaba con el rival del galán en su obra.

—¡Lo veremos! — continuó, hablando el defensor de la mujer codiciada por el rival.

"Y se planteaba un duelo.

"La causante del desafío, que amaba al galán y aborrecía al rival, que recurría a la violencia para conseguir su amor, procuraba evitar el lance, pero los dos hombres estaban ciegos de ira.

"Desenfundaron ambos rivales sus espadas, y el duelo se efectuó con ansia de exterminio.

"Las acerinas hojas chocaban ner-

viosamente, buscando la muerte en el pecho del adversario.

"La bella, horrorizada, se cubría los ojos para no ver la lucha.

"De pronto oyóse un rugido parecido al de una fiera, y la caída de un cuerpo en tierra...

"El galán mataba a su rival, salvando de las garras del gavilán a la indefensa paloma que acechaba cruelmente".

Mimí, que se enardeció siguiendo atentamente la narración vivida de Rodolfo, echóse a su cuello cuando se despojó de su carácter de actor para volver a la realidad, y le dijo, entusiasmada, adorándole:

—¡Rodolfo mío, qué feliz me haces!

... ..

Sólo el amor prestaba fuerzas a Mimí para no caer exhausta durante las largas noches que había de pasar en vela a fin de sostener el engaño merced al cual proveía de dinero a Rodolfo sin humillarlo.

A menudo la aurora la sorprendía trabajando, extenuada; pero no se quejaba lo más mínimo.

Era para él por quien hacía aquel sacrificio, y se consideraba muy feliz en su deseo de contribuir a que Rodolfo subiera cada día más alto, hasta alcanzar a la diosa de los laureles que coronaría su frente de vencedor.

Como la ilusión cubre de rosas el camino con que se sueña, pero que se limita a ser ilusión, Mimí allanaba la escalera que Rodolfo debía subir, pero no imaginariamente, sino con el sudor de su frente, cual obrero infatigable.

Sóñar no es crear; y el que sueña y crea a un mismo tiempo, es un ser feliz, un elegido.

Mimí era uno de ellos; acaso de los mejores entre los más sufridos.

Pero santo y mártir son sinónimos; y no podía sustraerse Mimí al pago de su abnegación.

Era fatal. Trabajando cuanto le era posible de día, y matándose de noche, encerrada en su cuarto y bajo la luz de una lámpara que colocaba en forma que su resplandor no trascendiera al exterior para que Rodolfo no se enterase de que trabajaba hasta altas horas de la madrugada, su organismo se resentía notablemente del esfuerzo.

El cansancio se manifestó de manera alarmante, pero Mimí resistióse a creerse verdaderamente enferma.

A sus temores de no poder seguir sacrificándose de tal suerte oponía la irrazonada razón de que era fuerte porque era joven, y de que la voluntad de su alma podría más que las protestas de su cuerpo.

Ajeno a lo que por él hacía Mimí, Rodolfo era dichoso. Era lógico que

lo fuera, por cuanto cobraba bien todos sus trabajos y le quedaba mucho tiempo para dedicarse a meditar, sin la preocupación del alimento corporal ni del casero, sobre su obra, su creación genial, que lo consagraría en el mundo de las artes.

Cierta mañana, la portera entró en la habitación de Mimí y la sorprendió cabeceando sobre su trabajo.

La bordadora no se había acostado en toda la noche, haciendo un increíble esfuerzo para terminar uno de los encargos, a fin de cobrarlo en seguida.

El sol se desperezaba en el horizonte, y Mimí trabajaba aún, ignorante de que se había levantado ya la aurora.

La portera apagó la lámpara y recorrió las cortinas de las ventanas, al tiempo que dirigía maternales reproches a la bordadora.

—¡Usted se está matando, hija mía! ¿A quién se le ocurre pasar noches enteras dale que le das a la aguja?

Las quejas de la buena mujer no obedecían únicamente al hecho innegable de la excesiva producción de Mimí, sino al grave síntoma de enfermedad que acusaba la tos que la delicada muchacha no podía reprimir, por más que lo intentara, delante de ella.

Mimí sonrió y, luchando con el

sueño, levantóse de su silla y fingió encontrarse muy bien.

—¡Bah! Una noche es una noche. Supongo que no se figura usted que trabajo siempre así.

—Es inútil disimular conmigo, Mimí. Usted no sabe lo que hace. Usted trabaja demasiado, y no debe de ignorar que todos los extremos son malos.

—No exagere usted, señora Benoit. Hágase cargo de que debo trabajar para vivir... de que estoy sola en el mundo... de que nadie me ayuda.

—Sí, sí... todo lo que usted quiera... pero primero es la salud... Cambie usted de oficio, si el de bordadora es poco productivo.

—Todos deben ser lo mismo. En fin... ¡es mi sino!

—Acabará usted por volverse un esperpento; y cuando las mujeres se ponen feas, los hombres no las quieren.

Mimí quebró el encanto de su boca con una dolorosa mueca. ¡Ser fea! ¡No ser amada! ¿Recompensaría así el Destino sus desvelos por el hombre amado?

—¡Oh, no! La portera era fatalista.

Sin embargo, la señora Benoit tenía razón; y apiadada de Mimí, insistió en asustarla, para que reaccio-

nara a tiempo de evitar que cayese gravemente enferma.

—Usted recordará a Juanita — continuó—. Ella también se pasaba las noches en vela delante del bastidor, y ya sabe usted lo que le sucedió a la pobre.

—Sí, recuerdo... pero no ha de ocurrirnos a todos lo mismo.

—Mis palabras son consejos, hija mía; y le aseguro que está usted más amarilla que la cera y que su cara revela tal cansancio, que da lástima

verla. Cúidese, créame, y me lo agradecerá.

Las reflexiones de la portera llenaron de inquietud a Mimí.

Cuando quedó sola, se miró al espejo... y comprobó con espanto que, en efecto, su rostro estaba demacrado... y feo.

—¡Oh! ¡No quiero ser fea, no quiero! — gimió. Y, luego, ahogando unos sollozos dijo—: ¡Pero él ha de triunfar!



Después de varios tanteos, el drama de Rodolfo empezaba a delinearse con precisión, tomaba forma y factura.

Era una obra vibrante a la que servía de tema Mimí: el amor...

Mientras él trabajaba en un pequeño entarimado, como en un trono, cerca de la ventana, Mimí, un poco apartada de él, le hacía compañía bordando.

Rodolfo levantaba a menudo la cabeza de sus cuartillas, para posar sus miradas en el rostro de Mimí; y ésta se revolvía en el escabel donde estaba sentada, para protestar de la distracción del amado.

Una pausa.

Luego...

—Preciosa...



—Escribe, o me voy.

—Sí, mujer, ya escribo; no te enfades.

Otra pausa.

Después...

—Mimí...

—¡Trabaja!

La orden no fué todo lo enérgica que era preciso para ser acatada, y Rodolfo, abandonando la pluma, dió un salto desde el entarimado y fué a caer a los pies de Mimí.

—¡Mi nena! ¡Mi vida! ¿Cómo quieres que no te diga nada si escribo pensando en ti?

Ella cedió con ternura, y se abrazaron apasionadamente.

—Triunfaré, pequeña, triunfaré... y entonces, como ganaré mucho dinero, iremos a vivir en el campo, en

una casita blanca circundada de un jardín del que tú serás la más bella flor... ¡Oh, Mimí! ¡Si me vieras cuando me entrego a la ilusión de vernos juntos en nuestro nido de amor, donde todo es alegre! Muchas veces he llorado de felicidad. ¡Y la ilusión, mi amada, será una realidad, y esta realidad te la deberé a ti!

—¡Sí! Triunfarás, Rodolfo, triunfarás.

—¡Por ti y para ti, mi nena!

Y Rodolfo, ilusionado, adoró a la Gloria, su Mimí, besándola delirante.

Ella tuvo que devolverle suavemente a la razón. Debía continuar su obra, no distraerse. Debía ser formal.

Pero él se resistía a separarse de su lado; y en vista de ello Mimí resolvió marcharse a su habitación, puesto que su presencia en la de

Rodolfo era un obstáculo para la perseverancia del escritor en su tarea de crear.

El quiso retenerla, mas ella se mantuvo firme en su decisión y salió, llevándose las cuartillas del primer acto del drama de su amado, para releerlas sola, así como, en la memoria, el plan de los actos restantes.

Rodolfo pretendió seguirla, pero Mimí apoderóse de la llave de la buhardilla y lo encerró dentro.

—¿Qué haces? — preguntó el poeta, al comprobar que no podía abrir la puerta para reunirse con Mimí.

—Ya lo ves: te encierro. Trabaja, y luego vendré a abrirte.

Rodolfo sonrió. Tenía razón Mimí; y besándola imaginariamente murmuró:

—¡Cuánto la amo, Señor!



EL ERROR

Al ir a entrar en su cuarto Mimí vió aparecer en el rellano de la escalera al vizconde Pablo, tan elegante y afeminado como siempre.

—Señorita... — saludó el noble.

—¡Ah! ¿Es usted? Pase, pase...

El vizconde penetró detrás de Mimí en el cuarto, y preguntó a la bordadora:

—¿Ha terminado usted mi encargo?

—Sí, señor... Esta noche.

—Como no vino usted a mi casa, decidí venir yo a la suya...

—Hubiese ido mañana, señor.

—¡Ah! Lamento, pues, haberme adelantado... porque tenía interés en que viera usted mi palacio, donde se reúne lo mejor de París.

—Un palacio no es mansión para

ser visitada por una humilde bordadora.

—Un palacio se honra cuando entra en él una mujer bonita.

—Muchas gracias.

Mimí se había separado del noble para sacar del cajón de una cómoda los encajes y bordados encargados por aquél.

Mientras Mimí los envolvía en un papel, el vizconde vió encima de la mesa cerca de la cual se hallaba en pie, las cuartillas del drama de Rodolfo. Las hojeó y dijo a Mimí, cuando ésta se le reunió:

—¿Conoce usted al autor?

—Ya lo creo que lo conozco!

—A simple vista la obra me parece buena...

—¡Lo es, señor, lo es! Mi novio es un gran artista.

—¡Ah, es su novio! Me alegro, me alegro... Y tal vez podría recomendarle a algún teatro.

—¿De veras?

—Si la obra es buena realmente, una recomendación mía podría lanzarla, llevar a su autor al pináculo de la gloria.

—¡Qué bueno sería usted! La obra no está terminada todavía, pero puedo darle una idea exacta de ella... Présteme un poco de atención.

¿Qué iba a hacer?

El vizconde, altamente sorprendido, vió a Mimí transformarse en actriz para ponerle con todo detalle en antecedentes del asunto del drama.

Mimí, recordando a Rodolfo, copió todos sus gestos, y al finalizar la comedia, cayó la suelo, para demostrar que caía uno de los dos hombres herido; pero no pudo levantarse cuando intentó hacerlo, y desgarró su pecho al acometerla un acceso de tos.

El noble, creyendo que Mimí seguía representando el drama de su novio, exclamó, acercándose a ella para ayudarla a incorporarse:

—Es usted una trágica admirable... Iremos juntos a hablar con el empresario... No tendrá usted inconveniente en acompañarme, ¿verdad?

—Gracias, señor. ¡Qué contento se pondrá Rodolfo cuando le diga que su obra ha sido leída... y aceptada!

Rodolfo acababa, en tales momentos, de terminar una escena de suma importancia, y quiso leérsela a Mimí.

Se dispuso a salir; pero hallando la puerta cerrada, no vaciló en saltar por la ventana en el cuarto de Mimí, como lo hiciera otras veces.

Ni Mimí ni el vizconde, que seguían en el suelo, arrodillado ante ella aquél y hablándole de lo que podía hacer por el poeta, para verla feliz, no le oyeron llegar; y Rodolfo, al sorprenderles en aquella comprometida situación, creyó ser víctima de una infidelidad. Las apariencias le engañaron.

—¡Mimí! — gritó.

Sobrecogidos de sorpresa y temor, Mimí y el vizconde se incorporaron, no sin esfuerzo ella.

El vizconde, que no necesitaba preguntar quien era Rodolfo, saludó a Mimí, sin poder disimular su azoramiento — hermano del miedo — y se dirigió hacia la puerta del cuarto.

—Espere — dijo Mimí. Y cogiendo de encima de la cómoda los bordados y encajes del vizconde fué a entregárselos.

El se hizo el sueco, pues lo que le interesaba en aquellos momentos era marcharse, y le dijo precipitadamente, en voz baja:

—Ya nos veremos. No olvide que iremos, los dos solos, a hablar con el empresario, y yo le aseguro que su novio triunfará.

—Gracias, gracias... Pero ¿no se lleva el paquete? — dijo Mimí.

El vizconde ya no la oía.

—Rodolfo — dijo ella, entonces, que no tenía nada que reprocharse—, ¿quieres alcanzar al vizconde que se marcha distraído, sin este paquete?

—¿Yo? — protestó Rodolfo, arrojando violentamente al suelo dicho paquete.

—Pero ¿qué haces? — profirió Mimí.

—¿Y me lo preguntas? A ese pájaro le cortaré yo las alas.

Salió al rellano de la escalera, y de haberle encontrado allí, le hubiese hecho pagar caro el mal rato que le hacía pasar.

—Rodolfo, ¿qué es lo que sospechas? — inquirió, afligida, Mimí.

—Querías estar sola con ese ridículo vizconde, ¿no es verdad?

—¿Qué estás diciendo, Rodolfo?

—¡Sí! ¡Por eso cerraste la puerta!

—¡No es cierto, Rodolfo, no es cierto!

—¡No lo niegues! ¡Os sorprendí acariciándoos!

En su furor se apoderó de sus cuartillas, las tiró al suelo después

de arrugarlas a puñetazos, pataleó, y herido en su amor propio, continuó:

—¡Y yo que te adoraba, que sólo por ti quería triunfar!

—Pero, Rodolfo; si ese vizconde se propone ayudarte, después de haberme ayudado a mí dándome trabajo y pagándolo bien...

—¡No necesito ayuda de semejante tipo! Prefiero morirme de hambre.

—No seas así, Rodolfo. Tú no puedes dudar de mí.

—¡Basta! ¡Basta! ¿Dónde está mi llave? ¿Dónde, hipócrita, más que hipócrita?

—Tómala.

Estaba ciego, y en su ceguera, la quería tanto, tanto, que indignado porque dudaba de ella, su mano obedeció a un irrefrenable impulso de cólera y pegó en el rostro a Mimí, saliendo disparado, tras de su brutal acción, del cuarto de la infeliz para encerrarse en el suyo.

Mimí, hecho trizas su corazón, le siguió hasta el umbral de su buhardilla, implorándole que la escuchara; pero Rodolfo le cerró la puerta sin piedad.

—Rodolfo, abre, quiero hablarte... debes escucharme...

—¡No! No quiero verte.

Y Mimí quedó llorando en la escalera.



Rodolfo trató de huir de todo, de olvidar; pero el recuerdo de Mimí no se separaba de él, aferrándose en su espíritu como en su pecho su propio corazón.

Era otro. La luz que le guiaba por la senda de la dicha se había amortiguado bruscamente, y caminaba a oscuras.

¿Qué tragedia la suya, considerándose vencido por el desengaño!

¿Se merecía aquel pago su amor por Mimí, en la cual se condensaban todas sus aspiraciones?

¿Es que no había en el mundo una mujer pobre y buena?

¡Sí! Negar la existencia de la bondad sería un crimen. Lo cierto era que Mimí fingió ser buena y le engañó deslumbrada por el brillo del oro.

Rodolfo no quiso ver a nadie. Lloró mucho, y se daba recios golpes sobre el corazón y en el rostro porque no podía odiar a la supuesta infiel.

Amour, quand tu nous tiens!

Es inútil rebelarse contra el amor. Vuestro corazón sangrará, vuestros ojos cegarán de tanto llorar, pero no olvidaréis jamás al ser que amáis.

Marcelo, que seguía en su costumbre de reñir y reconciliarse con Musette, resignándose a jugar con la felicidad, rechazándola y tomándola de nuevo para saborearla mejor después de un tiempo de añoranza, no sabía nada de su amigo, y aunque le buscaba, con empeño, no halló a nadie que le diese noticias suyas.

Parecía que Rodolfo hubiese muerto, que la tierra se lo hubiese tragado.

Y muerto estaba, sí; que morir es caerse de la cima de la esperanza.

Perder la fe en los demás y en sí mismo es también morir, una muerte más dolorosa que la física.

Y Rodolfo había muerto desesperado, hiriéndose con sus propias bur-las por haber creído en el amor.

El ideal se esfumaba y sólo quedaba el lado de la realidad.

¡Puah! Qué mundo!

Así divagaba el dolorido poeta, pero en el fondo más hondo y por tanto más sincero de su ser, Mimí le sonreía.

¡Qué paradógico!

¡El odio se abrazaba al amor!

Tampoco supieron de Rodolfo, Schaunard y Colline; y estaban inquietos.

Los asuntos de los tres bohemios amigos de Rodolfo sufrían, como siempre, alternativas buenas y malas.

Schaunard daba lecciones de canto y baile, aceptaba dar conciertos en casas particulares, y se defendía unos pocos francos con que comer... y contentar a su amiga Eufemia, que no era partidaria del ayuno.

Colline era el que siempre llevaba menos peso monetario en sus bolsillos, por su manía de comprar libros.

En cuanto a Marcelo, se pasaba la vida quejándose con los mercaderes, que no reconocían el valor de sus cuadros.

Aquella noche se hallaban los tres camaradas en la terraza del "Café Bohemio" rindiendo pleitesía a una botella de vino tinto.

De improviso apareció ante ellos Rodolfo, triste, preocupado.

—¡Por fin, chico! — exclamó Marcelo.

—¡Caramba! — dijo Schaunard.

—¡Dichosos los ojos, Rodolfo! — saludó Colline.

El poeta estrechó las manos de sus amigos y sentóse en la silla que quedaba libre ante la mesa del café.

—Buenas noches, compañeros.

—Te creíamos Dios sabe dónde — prosiguió Marcelo—. ¿Cómo no viniste a vernos?

—Necesitaba estar solo. Hace cuatro días que no aparezco por casa. ¿Para qué ir?... No puedo escribir, nada me interesa, he perdido la noción del tiempo y de la vida.

—Al mal tiempo, buena cara — dijo Schaunard.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, amigo — repuso Rodolfo—. En fin, quiero olvidar. Vosotros sabréis ya que Mimí y yo nos separamos... es decir, que yo me separé de ella.

—No lo sabíamos — aseguró Marcelo—. Como Musette no vive ya conmigo, no he podido enterarme, mandándola a Mimí, de lo que había pasado entre ella y tú. Yo fuí a verla y sólo pude saber que ella también

ignoraba por qué no aparecías por tu buhardilla.

—¡La muy falsa! ¿Que no lo sabía? ¿Quiere que me vuelva más loco de lo que estoy?

—¿Qué ocurrió entre vosotros, vamos a ver? — inquirió Schaunard.

—Eso es, cuéntanos tus penas, Rodolfo, y las aliviaremos como podamos — dijo Colline.

—Es el caso que sorprendí a Mimí dejándose acariciar por un vizconde en su habitación.

—¿Y... nada más? — dijo Schaunard.

—Lo que vi me dió a suponer el resto. Y para confirmar mis sospechas, el vizconde aquel huyó como un cobarde antes de que yo pudiera exigirle una explicación.

—Eso no prueba que Mimí sea to-

do, lo culpable que tú la haces — opinó Colline cachazudamente.

—Soy del parecer del filósofo — añadió Schaunard.

—En efecto — dijo Marcelo—, por ahora no se ve clara la culpabilidad de Mimí.

—¡Por vida de...! ¿Es que vais a decirme que soy un necio? ¿O es que no alcanzáis a comprender que un ocioso y rico noble no va a visitar a una mujer bella para no conquistarla?

—Mimí es bordadora... trabaja para los demás... tenía la obligación de recibir a sus clientes... — manifestó Colline, conciliador.

—¡No hablemos más de ella! Ha muerto para mí, y no quiero saber nada que la afecte.

Callaron todos, y su silencio estaba preñado de melancolía.



LAGRIMAS

Para la desconsolada Mimí la única esperanza de triunfo que tenía Rodolfo era que el vizconde Pablo cumpliera su promesa; y Musette, ducha en mundanos achaques, encargóse de allanarlo todo.

Precisamente aquella noche, mientras los cuatro bohemios se hallaban reunidos en torno a la mesa del café de los artistas, las dos bellas mujeres ocupaban un palco de la Opera acompañadas, Mimí del vizconde Pablo, y Musette de otro aristócrata.

Más atento a la gentil bordadora que al espectáculo, el vizconde Pablo la colmaba de elogios.

—Qué hermosa está usted, Mimí... No hay trono bastante alto en el mundo para su belleza. Sus galas son tan valiosas como de buen gusto.

—Musette fué quien me engalanó. Es muy buena amiga.

—Musette es un ángel — dijo su acompañante.

—¡Una es como es! — exclamó la aludida—. Pero, señores, será mejor que dejemos los piropos para mejor ocasión. El baile me encanta... y el bailarín me tiene loquita.

—Tenga usted en cuenta que soy celoso — le advirtió el aristócrata—, y que soy capaz de ir a provocarle.

—¡No, por Dios... que podría hacerle daño!

—¿Yo a él?

—O él a usted.

Las miradas de los cuatro se dirigieron a la escena, donde ejecutaban primorosamente una danza clásica

varios aventajados artistas coreográficos.

Musette ofreció a Mimí sus gemelos de nácar, para que, con ayuda de ellos no escapase a su retina la magnificencia del conjunto; pero Mimí desconocía aquel aparato y miró, primero, al revés, alargándose la distancia y, por ende, empequeñeciéndose las figuras; y luego, como no sabía graduarlos y veía peor que con sus medios naturales, cedió los gemelos al vizconde Pablo.

—Gracias — murmuró éste. Y fingió mirar a través de los cristales multiplicadores el espectáculo, porque en

realidad a quien miraba era a ella, sin que Mimí se diera cuenta.

Finalizada la función, Musette y su acompañante, al que apreciaba porque era espléndido en sus obsequios, abandonaron el palco, y Mimí hizo ademán de seguirles, reteniéndola por un brazo el vizconde.

—Espere un poco... Deje que nuestros amigos se vayan... Seguramente quieren que les dejemos solos.

—Tengo aquí los originales de la obra — dijo Mimí—. ¿No podríamos ir ahora a hablar con el empresario?

—Sí; vamos... pero conste que es usted muy poco cariñosa conmigo.



—Tengo sed — dijo Rodolfo. Y cogiendo la botella de vino que ocupaba el centro del velador, iba a llenarse un vaso. Pero sufrió una decepción: estaba vacía.

—Hace ya un buen rato que el líquido pasó a mejor vida — pronunció Schaunard, lamentándolo por Rodolfo... y por él.

—Paciencia — murmuró el poeta.

—¿No tienes dinero? — preguntóle Marcelo.

—Ni un céntimo.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo — dijo Schaunard—. ¿Y tú, Colline?

—El mismo de antes. ¿Vale algo esta moneda antigua?

—Está visto que tengo suerte. ¿Qué le vamos a hacer?

—Si quieres apurar el resto de mi copa... — le propuso Colline, ofreciéndosela.

—No, gracias. Eso es precisamente lo mejor.

Schaunard, en cambio, hubiese aceptado de mil amores el generoso ofrecimiento del filósofo... pero tuvo de resignarse a ver pasar y repasar la copa por debajo de sus finas narices.

Bruscamente Schaunard tocó en un hombro a Rodolfo.

—Mira hacia la izquierda. ¿Conoces a ese tío?

—¡Mi editor! — exclamó Rodolfo.

—¡Justo! Nos viene a todos como anillo en el dedo, porque supongo que estás en buenas relaciones con él.

—Inmejorables, sí.

—Anda, pues, que la ocasión la pintan calva.

Resueltamente levantóse Rodolfo de la mesa de sus amigos y fué a saludar al editor, ignorante de que éste no quería saber nada de él desde hacía tiempo.

—Buenas noches, mi querido director...

El aludido le negó el saludo, prosiguiendo la lectura de un periódico.

No se amilanó Rodolfo, pues de sobra sabía que el editor era muy huraño. Y continuó, alegre, lleno de esperanza, sentándose a su misma mesa, y después de fracasar en su intento de beberse el refresco que aquél tomaba:

—La Providencia le envía... ¿Podría hacerme un anticipo de cinco francos a cuenta de mi próximo artículo?

—¿Eh? ¡Usted debe haber perdido el juicio! — exclamó el editor—. Hace cinco semanas que le borré de la lista de colaboradores.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—¡Déjeme en paz!

La respuesta era tan categórica que Rodolfo, desconcertado, perdiéndose en conjeturas, se separó de él, saludándole inconscientemente, y regresó al seno de sus amigos.

—¿Qué te ha dicho? — inquirió Schaunard.

—Algo que no acierto a explicarme.

Y después de referirles la breve conversación sostenida con el editor, añadió:

—¿Qué opináis vosotros?

Schaunard y Colline no se atrevieron a hablar. Marcelo no titubeó en hacerlo así:

—Las mujeres, cuando quieren, son el mismo diablo. Yo tampoco sabía, al principio, de donde sacaba Musette el dinero.

—¿Qué es lo que supones, Marcelo?

—Nada, Rodolfo, nada...

—¡Oh! ¿Será verdad? ¡Y yo que me empeñaba aún en creerla inocente! ¡Adiós, amigos!

—No te vayas, Rodolfo. Esperáenos — dijo Marcelo.

—No puedo... no puedo...

Y se fué, desapareciendo en el cruce de la calle.

...

Mimí se despedía en aquel instante del empresario que le presentara el vizconde.

—Me marchó esperanzada — le decía—. Ya tiene usted la dirección de Rodolfo, ¿verdad? Le escribiré, ¿eh? Le diré que no se desanime y que el triunfo es seguro, ¿no es cierto?

—Sí, señorita. El drama me ha gustado y puede interesarme pedirse-

lo a su autor — contestó el empresario.

Un poco después, en el interior del lujoso coche del vizconde, Mimí tuvo que hacer frente a las galanterías del noble, cuyas intenciones se delineaban cada vez en forma más alarmante.

—Si es usted razonable conmigo, no tendrá que volver a pensar en bagatelas como ese drama.

—Yo le estoy muy agradecida, señor, pero mi amor es de Rodolfo.

—¡Bah! Ese bohemio no le pagará nunca lo que usted hace por él. Además...

—No puedo seguir escuchándole, señor...

—Reflexione... Hablaré con Musette... ¿Nos veremos mañana?

—No sé... tal vez... Déjeme pensarlo.

—No olvide que gracias a mi apoyo el triunfo de su protegido está ya preparado.

—Lo sé, señor, pero...

—¿Hasta mañana?

—No se lo aseguro...

—La esperaré.

Rodolfo se había encaminado hacia su casa, y llegado que fué al rellano de su piso, buscó la llave del cuarto de Mimí en la rinconera donde ella solía dejarla, para comprobar si estaba o no la infiel en su habitación, y como halló aquella entró en ella.

Avidamente se puso a revolver los cajones de la cómoda, encontrando en ellos los artículos que le fuera dando para entregarlos al editor, y, entre ellos, una tarjeta del vizconde.

—¡Ah, infame! — rugió—. Tu culpabilidad es indiscutible. ¡Miserable! ¡Miserable!

No necesitaba saber más.

Salió del cuarto, dejó la llave en la rinconera y se dirigió a su buhardilla.

Mimí subía la escalera en aquel momento, y como vió a Rodolfo desde los últimos peldaños del último tramo, se escondió, para no ser descubierta por él con sus brillantes galas prestadas por Musette.

Desde su escondite observó cómo Rodolfo entraba en su buhardilla, y apenas cerróse la puerta empujada desde dentro por él, apresuróse a entrar en su cuarto, y ya en él desnudóse precipitadamente, a fin de que el bohemio, al ver repentinamente luz en la habitación de ella, la encontrase, al ir a su encuentro, vestida modestamente como de costumbre.

Pero Rodolfo acudió al reclamo de la luz antes de lo que ella se imaginaba, y avisada de su llegada por el rumor de sus pasos en la meseta de la escalera, Mimí suspendió la operación de cambio de ropa, no quedándole tiempo para quitarse los lindos zapatitos de raso, que ocultó de-

bajo de su amplia y larga falda al sentarse, encogidas sus piernas en una silla.

Rodolfo hizo irrupción en el cuarto de Mimí menos furioso de lo que se dispusiera a hacerlo.

Con ficticia calma la acusó:

—¡Tú has salido con el vizconde! ¡Confíesalo! ¡Quiero saber la verdad!

—No, Rodolfo... Fuí a entregar unos bordados, y pasé por la redacción a dejar tu último artículo, que, por cierto, le encantó al director.

Al oír estas palabras Rodolfo soltó el dique de su cólera.

—¡Basta de mentiras! El director me ha dicho esta misma noche que me había borrado de la lista de colaboradores desde hace cinco semanas.

Temblando de miedo ante el enloquecido Rodolfo, Mimí se sinceró:

—Es cierto, sí; pero no te enfades conmigo, Rodolfo. Lo hice por tí, para que triunfaras con tu drama.

—Y el dinero... ¿quién te lo dió? ¿Negarás que fué el vizconde? ¡Contéstame!

—No, Rodolfo, no. Ese dinero lo gané robándole horas al sueño. Quería que tú pudieses trabajar en tu drama, en la obra que te conquistará la fama.

—¡Mientes, Mimí, mientes!

—No, Rodolfo. Pongo a Dios por

testigo. Y mis lágrimas no son falsas.

Rodolfo vaciló. ¿Era cierto lo que decía Mimí? La observó fijamente, y vió que su dolor era tan grande, tan sincero, que, arrepentido, arrodillóse a sus pies, y dulcemente, emocionado, le imploró que le perdonase.

—Mimí, Mimí... Estaba ciego... Te quiero... te quiero...

—¡Rodolfo mío!

Se besaron en franco olvido de las horas amargas por que ambos pasaron; pero al nuevo sol de la dicha sucedió la negrura de la Fatalidad.

¡Rodolfo acababa de descubrir los pies de Mimí calzados con zapatos de raso!

Incorporóse enérgicamente y rechazó a la "pérfida".

—¡Tus palabras han sido una farsa premeditada para burlarte de mí!

—¡Rodolfo, las apariencias me condenan, pero tú no puedes creer que sea mala!

—¡Te aborrezco! ¡Maldita sea la hora en que te conocí! ¡Has destruido mi vida!

Para colmo de desdicha Rodolfo vió las joyas y los vestidos que Mimí ocultara, y, maltratándola, gritó:

—¿De dónde sacaste esos trapos y estas joyas? Eres como Musette, cuya vida es una serie de amoríos y desórdenes ¡Te odio! ¡Te odio!

—¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡¡Piedad!!

—¡Suéltame!

—¡Rodolfo, amor mío!
—¡Suéltame!
—¡No me abandones!
—¡Basta!

La arrojó violentamente al suelo junto a la puerta de la habitación y salió de ésta desmelenado, espuma-jeándole la boca de furor.

Pero algo le clavó enfrente del cuarto de la inocente condenada.

Mimí tosía de un modo extraño, como si se ahogase y pronunciaba su nombre.

—Ro... dol... fo... Ro... dol... fo...

Invadido de un terrible presentimiento, Rodolfo retrocedió.

Un hilillo de sangre fluía de los labios de la sacrificada.

Al verlo, Rodolfo, temblando, avergonzado de su brutalidad, y mordido por la voz de su conciencia que le recriminaba haber dudado de la bon-

dad de aquel ángel, que se moría por haberse sacrificado por él, la incorporó un poco, apoyando su cabecita en sus brazos, y la contempló, con angustia suprema, divinizada por el dolor.

—¡Mi pobrecita Mimí! — sollozó.

Luego la levantó con toda clase de cuidados, y la condujo al lecho, depositándola como una pluma en él.

Y para que ella sonriera, afanoso de devolverla a la vida, la besó mil veces y otras mil más; y le dijo, besándose también sus lágrimas:

—Desde ahora mi drama quedará en el olvido y mi vida estará dedicada al trabajo. Quiero ganar dinero para ti, para reponer tu quebrantada salud.

Ella no se quejaba; y bendiciendo aquel dulce instante, musitó:

—Eso sería un disparate, Rodolfo; yo me encuentro muy bien, y no debes preocuparte por mí.



ESPLENDOR Y OCASO

Desesperado, corriendo por las calles como alma en pena, Rodolfo buscó un médico, mientras una voz gritaba dentro de él con terrible claridad: “¡Mimí te amaba, se sacrificaba por ti y no lo supiste comprender!”

Habló con el doctor que necesitaba y regresó con él a su casa; pero al llegar al cuarto de Mimí se encontró con que ella no estaba en el lecho ni en la habitación.

¿Qué significaba aquello?

Una carta dejada por Mimí encima de una mesita explicó a Rodolfo la causa de su ausencia... de su partida; pues se había marchado.

Tembloroso, lleno de angustia, leyó Rodolfo el escrito, que decía:

No quiero que dejes de trabajar en

tu drama. Por eso me voy. Mándale a Musette el vestido que ella me prestó. Cúdame mucho al canario. Volveré a tu lado cuando tu drama te haya hecho célebre. Te amo, te amo, te amaré siempre.

Mimí.

—¡Oh, Dios mío, se fué! — exclamó Rodolfo con infinita amargura. Y, suplicando comprensión al doctor, se disculpó de haberle molestado inútilmente.

—Me hago cargo, muchacho... — murmuró el médico, piadoso. Y salió de la habitación, donde Rodolfo quedó dedicando a la amada ausente sus lágrimas más puras, cual besos de su alma.

... ..

Durante varios meses Rodolfo buscó infructuosamente a Mimí; y todo el amor, toda la desesperada ternura de su alma, condensáronse en un drama intenso, vibrante, conmovedor, cuyas primicias saboreaba con fruición aquel día el público, numeroso y distinguido, del más importante teatro de París.

Oculto en un arrabal de París, Mimí trabajaba, soñaba, esperaba.

Agotada por tanto sufrir, la infeliz se apagaba lentamente, pero se asía con tesón a la vida y sacaba milagrosamente fuerzas de flaqueza.

Sin embargo, aquella noche no podía más, y tuvo que hacer un sobrehumano esfuerzo para accionar la palanca de su prensa de papeles pintados.

Tenía que sacar de ella el rollo pintado, pero no pudo hacerlo sola; ayudándola, no sin mal humor, la encargada de aquella industria.

Mimí cargóse el rollo en un hombro, dió algunos pasos y se desplomó en tierra.

Acudieron en su auxilio las demás obreras, pero la encargada las hizo volver presto a su trabajo, y dijo a Mimí, luchando con sus sentimientos de mujer y los intereses de la casa:

—No puede continuar aquí... Será mejor que se ponga en cama.

Mimí no protestó. No podía protestar. Era una flor marchita...

La encargada la tomó en sus brazos, salió, con su carga, del taller, y llevó a Mimí a la cercana casita en donde vivía realquilada.

Y se llamó a un médico.

En tanto, Rodolfo era besado por la Gloria. Su drama alcanzaba un éxito ruidoso.

Musette — que estaba otra vez "de vacaciones"—, Marcelo, Eufemia, Schaunard, Colline, los conserjes de la casa en que vivía Rodolfo, y algunos buenos amigos más, felicitaron al poeta mientras el público reclamaba la presentación de éste en escena, para ovacionarle.

Musette le besó en un transporte de emoción y alegría, y unas lágrimas de felicidad se deslizaron por sus mejillas.

Rodolfo accedió a los deseos del público, y le produjo un intenso escalofrío la ovación que miles de manos le tributaron.

Y le pidieron que hablase.

El se resistía a hacerlo, pero tuvo que decidirse.

—Respetable público...

Se interrumpió. Su mente contemplaba a Mimí, sonriéndole por su triunfo, feliz, contenta...

El también sonrió, y dijo unas palabras más, de afecto, de gratitud...

Se interrumpió de nuevo. Veía a

Mimí otra vez, pero triste, enferma. Su corazón se oprimió de angustia.

—Esta obra, querido público, la creó una mujer... A ella dedico los aplausos, porque yo, sin ella...

No dijo más. Se le anudó la garganta. Fluyeron lágrimas a sus ojos, y posando un dedo sobre sus labios y tratando de sonreír, dijo así, de un

modo más elocuente que con palabras, que no podía hablar.

Sus amigos, que le escuchaban entre bastidores, no pudieron reprimir su emoción, y Musette abandonó su cabeza sobre el pecho de Marcelo, Eufemia sobre el de Schaunard, y lloraron. ¡Pobrecita Mimí! ¡Cuánto la amaba Rodolfo!



Los bohemios quisieron celebrar ruidosamente el triunfo de Rodolfo, y se reunieron en su buhardilla, llenándola de manjares.

Y mientras ellos eran felices, la pobre Mimí se moría.

—Es un caso perdido — había dicho el médico—. A duras penas pasará la noche.

Ella comprendía que sus minutos de vida estaban contados; y al dejarla sola los piadosos vecinos que acudieron a verla, saltó del lecho y salió a la calle, cayéndose aquí y levantándose allá, rumbo al amor, a la buhardilla del Barrio Latino.

Rodolfo, mirando a la calle a través de los cristales de la ventana, pensaba en su amada, como completamente ajeno a la fiesta.

—¡Mimí! ¡Mimí! ¿Dónde estás? ¿Dónde podré encontrarte?

Musette, cariñosa, le obligó a fundirse en el olvido entregándose en cuerpo y alma al general regocijo... pero el alma de Rodolfo estaba lejos de allí.

De pronto el conserje entró en la buhardilla, dijo unas palabras a Rodolfo, y sus amigos se asombraron al verle salir del cuarto con precipitación.

El poeta entró en la habitación de Mimí, que había sido conservada intacta desde su partida, y al ver a su amada en el lecho, donde los porteros la depositaron, gritó:

—¡Mimí! ¡Mimí!

Acercóse, acaricióla, ocultando la

fuerte emoción que le causó verla en tan grave estado, y le dijo:

—¡Por fin has vuelto!

Ella estrechó con fuerza las manos de él, como si temiera que se lo arrebatasen, y musitó:

—¡Qué oscuro está todo, Rodolfo! Acércate más, quiero verte... ¡Dios mío, no veo nada más que sombras, sombras negras que me dan mucho miedo!

—¡Mimí, alma mía, no llores! Yo te aseguro que pronto estarás bien y que volverás a ser tan bonita y tan alegre como antes.

—¿Es cierto que seré otra vez bonita, que volverás a quererme mucho, como en los primeros días de nuestro idilio?

—¡Más que entonces! No habrá nadie más bonita que tú ni más feliz que yo.

Los bohemios, con Musette a la cabeza, penetraron en el cuarto de Mimí lentamente. El portero les había enterado de lo que ocurría.

Silenciosos se colocaron a un lado de la cama de la enferma.

Musette besó a la pobrecita amiga, y para preservar sus finas manos del frío, puso en ellas su manguito.

Mimí sonrió, casi imperceptiblemente, y de pronto preguntó a Rodolfo:

—¿Y tu drama?

—Un triunfo completo, debido a

ti. Tú fuiste la colaboradora de ese triunfo.

—¡Qué contenta estoy! Y quiero vivir... Recuerdo los buenos tiempos de nuestro amor... a nuestros compañeros...

—Están aquí, ¿los ves? Todos te quieren mucho.

—¡Qué buenos sois!

—Hay también otro amiguito que te quiere mucho y se echará a cantar loco de alegría cuando te vea. Voy a buscarlo.

—¡Ah, recuerdo! Mi canario... Sí, sí, tráelo... Mi canario... mi canario...

Mimí exhaló un suspiro y entornó los ojos como vencida suavemente por el sueño.

Dejóla Rodolfo con Musette, para ir a la buhardilla por la jaula del pájaro cantor, y la siempre alegre amiga de Marcelo, ahora triste y llorosa, alma buena en cuerpo diabólico, acarició a su amiguita.

Mimí sintió caer una lágrima en la mano que Musette le besaba, y le dijo:

—¿Por qué lloras, Musette? Rodolfo ha triunfado, me siento feliz, tan feliz...

No se oyó nada más... apenas un rumor de agonía...

Musette, ahogando su pena, se inclinó hacia la santa criatura, y la vio morir con la serenidad de los már-

tires, como se dobla un lirio, como se duerme un niño mecido en el maternal regazo.

Y le cerró los ojos y juntó los labios, bisbiseando una oración...

Los bohemios, abrazados a sus amigas, lloraban, encogidos y silenciosos.

Entró Rodolfo con la jaula, y dijo a Marcelo, que estaba separado de los demás:

—Estoy seguro que el pajarillo cantará en cuanto la vea.

No contestó el pintor. Extrañóse de ello el poeta, y aterrado por la actitud de todos, su corazón amenazó romperse.

Dió un grito:

—¡Mimí!

Se arrojó sobre ella... y sintió sobre sus labios el hielo de la Pálida.

—¡No, no! ¡Mi Musa no puede abandonarme ahora! — gimió.

Desfilieron los bohemios en silencio ante el lecho donde reposaba la Muerte, y dejaron solo con ella a Rodolfo.

El poeta ya no se desesperaba. La Implacable era invencible. Su Musa había muerto, pero su Musa seguiría inspirándole eternamente, empujándole hacia el pináculo soñado, amándole siempre; que no muere ¡no! el amor.

Tañó una lejana campana.

Acaso se abrían las puertas del Paraíso.

FIN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

PRÓXIMO NÚMERO: (MUY EN BREVE)

ZAZÁ



INSUPERABLE CREACIÓN
DE LA GENIAL ARTISTA



GLORIA SWANSON

¡ÉXITO DESCONTADO!

COLECCIONE USTED

LOS SELECTOS LIBROS DE LAS
EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—*El Gran Desfile*, por John Gilbert y Renée Adorée.—*Miguel Strogoff o El Correo del Zar*, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.—*La Princesa que supo amar*, por Huguette Duflos y Charles de Roche.—*El Coche número 13*, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montépin. Creación de la genial artista Lili Damita.—*Sin Familia*, por Leslie Shaw.—*Mare Nostrum*, por Alice Terry y Antonio Moreno.—*Nantás, el hombre que se vendió*, por Lucienne Legrand y Donatien.—*Cobra*, por Rodolfo Valentino.—*El Fin de Montecarlo*, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—*Vida Bohemia*, por Lillian Gish, John Gilbert, etc.,

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

De interés para nuestros lectores

Ha llegado a España una preciosa Revista americana de Cinematografía, de cuya distribución ha sido encargada

La Novela Semanal Cinematográfica

Llegados los tres primeros números, correspondientes a diciembre, enero y febrero, apenas puestos a la venta quedaron agotados.

Retenga su título y apresúrese a comprarlo

FILMS

Le interesa saber que con su apoyo, la Revista americana FILMS será la mejor revista, pues en cada número vendrán nuevas reformas y mayores y más interesantes novedades.

APOYE, RECOMIENDE FILMS

Precio de venta: UNA PESETA

Suscripción: 10 pesetas año

Mande su suscripción y giro a La Novela Semanal Cinematográfica,
Vía Layetana, 12 - BARCELONA

COLECCIONE USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.-El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de Paris.-El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos. ¡¡Paris...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón.-Rómula.-Janice Meredith.-El Fantasma de la Opera.-El trono vacante.-El Caid.-Madame Sans-Gêne.-América.-Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Ella...-Demasiadas mujeres.-Nobleza baturra.-Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar.-El difunto Matías Pascal.-La marca de fuego.-Los Hijos de Nadie.-Pescador de Islandia.-La 8.ª mujer de Barba Azul.-El Beso de la Victoria.-El proceso de Nancy Preston.-Justicia gitana.-La Poupée de Paris.-El abanico de Lady Windermere.-Por la Patria.-Amor de Padre.-El asalto al ambulante de Correos.-Dick, el Guardia Marina.-Boy.-La conquista del Amor.-Bajo el cielo de Monte-Carlo.-La Barrera.-La Hechicera.-Maternidad.-Los niños del Hospicio.-El diablo santificado.-La calle del olvido.-¿Leben tener hijos los pobres?-Gorriones.-Rosa de Levante.-El Trasatlántico.-El hijo pródigo.-El mundo perdido.-La novia fingida.-El místico.-La novela de una noche.-La que no sabía amar.-Montecarlo.-Malvaloca.-La Favorita de la Legión.-Los hombres que pagan.-¿Chico o chica?-Su Alteza el Principe.-El circo del diablo.-La Máscara de Oro.-Juguete del placer.-Inocente condenado.-Cambio de esposas.-La única mujer

Precio de cada libro: 50 céntimos



PRECIO: **1⁵⁰** PESETAS